



# CAE DE UN EDIFICIO

Un día soleado en Königsberg / Todos  
queremos a Kabuga / La clase de piano / Otra  
historia de amor / El vestido verde / Un viaje a  
Zimbabwe / Un hombre cae de un edificio /  
Un encuentro fatal / El malo de la película /  
Paracaidas / Un barrio / La versión oficial /  
La verdad sobre el LHC

cc creative  
commons



por Raúl Quirós Molina

# UN HOMBRE RE CAE



A Maite, a Lucas y a Borges.  
A todos mis amigos, a los vivos y a los muertos.

Un hombre cae de un edificio

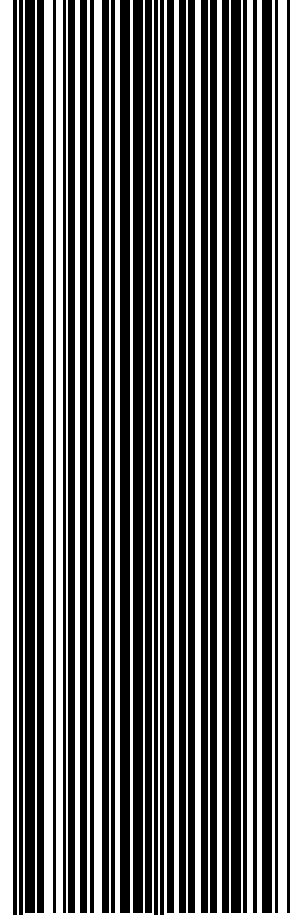
Raúl Quirós Molina.  
e-mail: [raul.quiros@gmail.com](mailto:raul.quiros@gmail.com)  
<http://www.unhombrecaedeunedificio.com>

Ilustraciones por Raúl Quirós Molina en “La verdad sobre el LHC”,  
Bárbara Ana Gómez Moreno en “El malo de la película”  
y Alba Castillo Solano en “Un hombre cae de un edificio”.

Diseño y maquetación por Sergio Fernández Gallardo.

Texto y dibujos bajo licencia Creative Commons





|                                     |            |
|-------------------------------------|------------|
| <b>La verdad sobre el LHC</b>       | <b>8</b>   |
| <b>Un día soleado en Königsberg</b> | <b>18</b>  |
| <b>Todos queremos a Kabuga</b>      | <b>30</b>  |
| <b>El malo de la película</b>       | <b>50</b>  |
| <b>Otra historia de amor</b>        | <b>62</b>  |
| <b>Un encuentro fatal</b>           | <b>70</b>  |
| <b>La versión oficial</b>           | <b>86</b>  |
| <b>La clase de piano</b>            | <b>90</b>  |
| <b>El vestido verde</b>             | <b>104</b> |
| <b>Un hombre cae de un edificio</b> | <b>122</b> |
| <b>Un viaje a Zimbabue</b>          | <b>132</b> |
| <b>Paracaídas</b>                   | <b>146</b> |
| <b>Un barrio</b>                    | <b>150</b> |

  
La verdad sobre el LHC*1*

Muchos de mis conocidos, en particular aquellos que me son más próximos y más queridos, saben que yo participé en el diseño y arquitectura del Gran Colisionador de Hadrones, que protagonizó las portadas de periódicos y noticiarios el pasado otoño. Estas personas saben que, debido a lo particular de este desempeño, no podía revelar los detalles ni aclarar al público los pormenores que hacían de este aparato de gigantescas proporciones no sólo una promesa para la Ciencia, sino también un verdadero fiasco para la Humanidad. No obstante, hace ya años que trabajé en el LHC y mi contrato de confidencialidad terminó, así que no veo por qué razón, siendo yo padre e ingeniero del aparato, no debería dilucidar algunos aspectos tenebrosos de un instrumento que prometía una revolución tecnológica. Si algo nos distingue a los científicos de otros profesionales es que nosotros no patentamos nuestras ideas, al menos no las que han fracasado. Y eso que con el LHC persistimos en el error con una tenacidad inconcebible. Por poner un ejemplo: se rumoreó en varios foros científicos que el día de la puesta en funcionamiento del LHC había la posibilidad, remotísima, de que el universo se destruyera. Ahora no puedo detenerme a explicar cómo puede una sencilla partícula que revolotea en el espacio-tiempo aniquilar toda la estructura del cosmos; aún así puedo confirmar que, en efecto, esta posibilidad existía y no era tan remota como algún matemático iluminado se imaginaba. De hecho, lo más improbable era que el universo se salvara. Pero no adelantemos acontecimientos.

Comenzaré con el boceto inicial del Gran Acelerador que fue presentado al CERN en el concurso que se convocó para nuevos proyectos.

Tengo que decir que, a pesar de lo parco del diseño, fue muy bien recibido tanto por el director del CERN como por mis colegas de la comunidad científica, y en consecuencia se me encomendó inmediatamente la jefatura del proyecto; en fin, que el cacharro llegara

a construirse. Hice una pequeña fiesta en mi apartamento en Ginebra y me olvidé un poco del asunto. Los científicos andamos siempre muy ocupados y no tenemos tiempo para fiestas ni para hacer el oso, puesto que no son cosas muy científicas, así que no viene mal de vez en cuando acordarnos de que tenemos que ponernos contentos o tristes.



Una vez bocetado el prototipo, sólo nos quedaba saber para qué diablos utilizaríamos el Gran Colisionador de Hadrones. Eso de lanzar átomos unos contra otros había sido divertido en el pasado, pero hoy en día, con las conquistas de los derechos civiles, la inteligencia colectiva y la globalización es bastante difícil encontrar materia alguna dispuesta a ser despanzurrada a la velocidad de la luz. Mis consejeros y ayudantes estuvieron realizando infinitas investigaciones de campo en lugares tan dispares como Sri Lanka, la isla de Santorini, la Costa Azul, Eritrea, en búsqueda de átomos con voluntad de ser desintegrados y reconvertidos en otra forma de materia. No os preocupéis demasiado si no os enteráis de qué va esto, confieso que al principio yo tampoco lo entendía muy bien.

El desánimo estaba a punto de hacernos abandonar el proyecto cuando ocurrió algo inesperado. Una tarde de otoño se presentó en el CERN un átomo de plomo. Creedme, que he visto miles de átomos de plomo desesperados, mas éste... Éste tenía un brillo suicida en los ojos, como suele decirse. Poseía una mirada dura, metálica, un tanto primitiva; escudriñaba el laboratorio con una fiereza propia de héroes romanos. Lo

primero que dijo nada más llegar a mi despacho fue «soy el átomo que buscan», y a pesar de que tuve ganas de reír ante tan flemática y televisiva afirmación, me contuve y escuché: total, no se trataba más que de un átomo que pretendía ser desintegrado, así que no sé a qué venían esos aspavientos. Tomé una foto de la partícula para dejar constancia de su valentía y arrojo y porque además me parecía muy graciosa. A pesar de que mis colegas estaban entusiasmados tras conocer al voluntario, yo sospechaba que aun así el experimento acabaría en fracaso.

Veréis, el objeto de todo el asunto del LHC era comprobar si en la esencia más íntima de la materia se podía encontrar a Dios. No, no me malinterpretéis, es que hay una partícula que se llama la «partícula de Dios», el bosón de Higgs, la cual, según me dijo mi abuela, es el origen de toda la materia, incluidos nosotros, el turrón, una flauta e incluso los dictadores. Según esto, hay dioses en todo. Sé que esto ya lo dijo alguien muy viejo (muy viejo si viviera ahora, en su día sería joven) pero ahora no me acuerdo de quién. Lo cierto es que tiene narices la cosa, un tipo muy viejo dice algo y se monta el armatoste del LHC para demostrar que tenía razón. A veces no hay quien entienda a los científicos. Yo le pregunté a mi abuela si el tal Higgs era Dios, y ella me respondió que no, que Higgs era un señor con el pelo cano y algo calvo y que llevaba corbata y andaba a pasos muy cortitos. Le pregunté que si Higgs no era Dios, ¿por qué llamaba a su bosón «partícula de Dios»? y que si Dios se enteraba, ¿no se enfadaría con Higgs? Mi abuela me sonrió ante aquellas reflexiones, no dijo nada y me puso a merendar. Las más de las veces no presto mucha atención a las teorías físicas mi abuela pero parecía que en el asunto del bosón sabía más de lo que decía, y por más que la interrogaba, no soltaba prenda. Así que decidí no preguntar más y seguí con la merienda y el experimento.

Aceleramos el átomo de plomo una mañana de un frío noviembre. El problema es que, mientras yo supervisaba la aceleración y la partícula alcanzaba la velocidad de la luz, me entraron unas ganas terribles de hacer pis, así que salí un momentito al cuarto de baño. Es un problema que



tengo desde pequeño. Cuando volví, mis becarios estaban frenéticos. Pregunté que qué demonios había pasado, que si se había encontrado al tal Dios o qué y me dijeron que no, que ni Dios, ni Demonio, ni señor Higgs; que el átomo no se había estrellado ni desintegrado. Me dio un poco de rabia y me entraron ganas de llorar, pero con todos los becarios allí estudiándome con cara de pasa me contuve. Decidí entonces hablar con el átomo y cuando abrimos la cápsula donde lo habíamos acelerado resultó que parecía muy envejecido. Se movía muy lentamente, como si las extremidades le pesaran una tonelada, se quedaba en blanco cuando hablaba y mascullaba reproches e improperios hacia los que le ayudábamos. El experimento le había vuelto un cascarrabias y yo no tenía ganas de tratar con él. Mis colegas me instaron a tener mejor humor, porque si no, decían, me volvería yo también un cascarrabias, así que al final le hice una serie de preguntas para ver si se encontraba bien y que me dejaran en paz. En principio así parecía, por lo que entendí que lo que había ocurrido es que los dos o tres minutos que había estado viajando a la velocidad de la luz, a la espera de ser espachurrado en un magma cuántico, le habían añadido a su edad real varias decenas de años. Pero claro eso ya lo sabíamos todos, así que no nos aportó nada nuevo. Recordé entonces unos apuntes que me pasaron en la facultad de físicas en los cuales se decía que el tiempo se estiraba como un chicle cuando uno viajaba lo más cerca posible de la velocidad de la luz. Algo no encajaba, entonces. Porque según esa

teoría o, al menos, esos apuntes, el átomo debería ser el joven y nosotros los viejos. ¿Qué había ocurrido? Me fui a tomar un café con mi amiga María, que trabajaba conmigo en el CERN —pero no había nada entre nosotros, no vayáis a pensar que María y yo... —, y estuvimos hablando de ese asunto y de la niña de María, que había cogido una gripe desde que se fueron el fin de semana a visitar las montañas. La cosa es que hasta ese momento yo había sospechado que no es que hubiera ya un tiempo, el que se cuenta en segundos en plan tres, dos, uno, cero; vamos, el que se utiliza para cronometrar a los ciclistas en el velódromo o la cantidad de huevos que puede comerse uno en un minuto si le da por participar en un concurso de comer huevos; sino que había dos tiempos, dos tipos de tiempo, dos dimensiones temporales, si así lo preferís, y mi sospechas se convirtieron en la certeza de que que acabábamos de descubrir una de esas dimensiones. En una segunda entrevista, el átomo me explicó lo de su mareo cuántico. Nuestro héroe romano había estado girando en el sentido de las agujas del reloj, con lo cual pensé que el tiempo había sido más rápido que el nuestro, pero eso no era lógico si solo existía un tiempo. Así que tenía que haber dos, esa fue mi conclusión. Bueno, yo me explico. La cosa es que nos hicimos esta cuestión: ¿Qué pasaría entonces si lo acelerábamos en sentido contrario? Le preguntamos al átomo si quería ser un héroe y volver a ser acelerado, pero esta vez marcha atrás o desacelerado, con la esperanza de que rejuveneciera y él contestó que sí, que no le importaba, que tenía una cita esa tarde pero que no le importaba cancelarla, así que la canceló, le dimos un reloj con dos dígitos y fecha, y lo aceleramos en sentido contrario. El resultado fue alentador y desalentador a un mismo tiempo. Quiero decir, a dos tiempos, el suyo y el nuestro. Desalentador porque el átomo no rejuveneció, como creímos que ocurriría. De hecho, el reloj siguió marcando la misma hora con la que lo habíamos lanzado, y eso que le dejamos dando vueltas mientras nos íbamos a almorzar. Alguien apuntó que el solo resultado de este descubrimiento, que el tiempo es elástico pero lineal, y que no se puede volver hacia atrás en el tiempo,

nos haría merecedores del Premio Nóbel de Física, pero alguien afirmó que eso ya lo sabíamos desde el principio y que el Nóbel no se lo dan a cualquiera que se dedique a demostrar obviedades así. Todos asentimos y decidimos no mandar el resultado a Science ni celebrar fiesta alguna.

Sin embargo, este descubrimiento —dar marcha atrás a un átomo de plomo para que no envejeciera —iluminó las ideas de un amigo del director del CERN, que se dedicaba a comprar ideas y luego venderlas, y claro, nos pidió que continuáramos investigando, aunque nosotros ya estábamos muy cansados. Se apostó a que no éramos capaces de crear un acelerador de partículas del tamaño de un reloj de pulsera, y yo, que soy muy picajoso con estas cosas le dije que sí que podíamos, él que no, yo que sí, en fin, así hasta que mis testarudos compañeros decidieron ponerse manos a las obra y al poco tiempo logramos reducir todo el aparataje al tamaño de un reloj de calculadora. La verdad, no sé por qué no empezamos por ahí, seguramente nos habríamos ahorrado muchos viajes en el autobús yendo y viniendo al CERN, que, por si alguien no lo sabe, no está precisamente cerca del centro de Ginebra. Pronto el CERN vendió la idea a una empresa, más que nada porque andábamos escasos de presupuesto para otros proyectos. Tampoco voy a explicar cómo de una idea tan estúpida un tipejo suizo se hizo de oro, además tampoco lo sé, porque desde que se vendió la idea no hemos vuelto a trabajar en el acelerador. Sí en otras cosas, pero bueno, se echa de menos. Adopté al átomo como mascota, aunque a él no le gusta que le llame así.

## 2

Hombre, que ahora se me culpe a mí de todos los problemas que creó el reloj, particularmente a mí, que solo soy un empresario que comercializó un producto, que satisfizo una demanda, y no una demanda cualquiera, sino una demanda milenaria, no me parece de recibo, la verdad. Es decir, que yo no le puse una pistola en la cabeza a cada uno de los posibles compradores para que adquirieran uno de los malditos relojes. Además,

qué carajo, si hasta les ofrecía un curso para que aprendieran a utilizar el aparato. No me guié por la máxima del máximo beneficio, ¿sabe? y eso que podría haber explotado el asunto de los relojes hasta... Hasta... No sé, no quiero ni pensarlo. Me negué a venderlo para uso militar. Un general ruso me puso aquí mismito un cheque en blanco para que le cediera todos los derechos de explotación del reloj. Y no vendí. Y ese tipo sí llevaba una pistola. Mire, yo no quería pasar a la historia (si es que eso ahora tiene algún sentido) como el tipo que le vendió el arma definitiva a los rusos. A mí me preocupa la gente. ¡Tal vez ahora no tanto, visto lo visto!

Le explico: el reloj no era tan complicadito de utilizar. Era un reloj de diseño ordinario, algo más grande que los que pueda encontrar por aquí. Reconozco que no estaba demasiado à la mode, pero eso no importaba porque su precio era sustancialmente más alto que el de cualquier peluco que pueda encontrar en las relojerías de lujo de Ginebra, lo cual, aquí, ya es signo de prestigio. Perdone por lo de peluco. Comprenderá que un reloj que posee nada menos que un acelerador de partículas en su interior, deja a cualquier otro artefacto para medir la hora a la altura del betún. Como le digo, era muy fácil de utilizar. Tenía las mismas manillas que un reloj tradicional, una posición para ajustar la hora y una correa para fijarla a la muñeca. La única diferencia era que una de las manillas permitía una nueva posición que conectaba el acelerador de partículas y lo ponía en funcionamiento. Sí, sí, bueno, no puedo detenerme en los detalles técnicos, luego llamo a un ingeniero para que se lo explique. Bien, pues girando en un sentido (en el de las agujas), el acelerador aceleraba en igual proporción y hacía lo mismo con las partículas del sujeto que llevara el reloj. A eso lo llamamos el Fast Forward, y en ocasiones era muy útil, porque bastaba adelantar el reloj una hora e inmediatamente había pasado una hora para el sujeto que lo llevara. Utilísimo para esperar turnos o resultados de lotería. Lo que pasaba con el cuerpo del acelerado (lo llamo así para que me entienda) es que desaparecía mientras estaba en aceleración. ¿A otra dimensión? ¿A otro universo? Yo que sé. El tipo se esfumaba y luego reaparecía en el mismo lugar, solo que una, dos o

las horas que hubiera movido las agujas. A veces la gente se llevaba unos sustos increíbles en la parada del autobús. La otra forma de utilizar el aparato fue aquel que el departamento de marketing llamó Pause-Still. No me negará que los carteles de la campaña de publicidad no fueron un lujo de creatividad. Entre nosotros llamábamos al reloj «el mando a distancia de la vida real», aunque como brand es demasiado largo. En este último modo, el acelerador aceleraba al revés, es decir, que las partículas iban en sentido contrario, con lo cual el tiempo del usuario quedaba prácticamente detenido. En este caso, no desaparecía el cuerpo, al menos no es lo que se puede comprobar si uno coloca una cámara slow-motion en la puerta de las Naciones Unidas o alguna entidad financiera: lo que a simple vista parecen ráfagas de aire no son sino usuarios de nuestro reloj con el tiempo enlentecido, corriendo de un lado para otro. En la película se les puede ver perfectamente.

El problema, y es aquí donde la compañía y yo mismo nos eximimos de toda responsabilidad, es que lo que pretendía ser un instrumento para el trabajador ocupado —y así lo definía nuestra propuesta de marketing— se convirtió rápidamente en un juguete para los usuarios. De hecho, se popularizó tanto que dejó de ser un artículo de lujo para convertirse en una especie de videojuego en la realidad. Como despertador no tenía precio: basta parar el tiempo por la mañana y poder rezongar todo lo que uno quisiera en la cama hasta que le viniera en gana ir a trabajar. ¿Recuerda el escándalo del ajedrecista Boris Kristofz en el Wijk aan Zee? Nadie en la última década había conseguido una puntuación tan alta como Kristofz en partidas rápidas, Karpov se preguntaba cómo era Kristofz capaz de recordar variantes tan complejas de la defensa Siciliana con tan escaso tiempo. El ELO del ajedrecista había subido varios centenares de puntos en los últimos meses y nadie se explicaba por qué. Después se descubrió que el equipo de Boris se había conseguido hacer con uno de los relojes, que lo introdujo en sus entrenamientos y partidas oficiales y en el mismo torneo y que detenía el tiempo cada vez que Boris no sabía muy bien qué

hacer ante un peón doblado. ¿Que nosotros fabricamos tramposos? ¿Y el dinero del torneo quién se lo llevó? ¿Y los días, o incluso años que dedicó Boris a estudiar variantes después de que Shírov moviera 11. ... Da5 en la partida del viernes? ¿Eso no cuenta para la ciencia del ajedrez?

El ajedrez no es el problema, a fin de cuentas, no es más que un juego. El problema es que en vez de utilizarlo para fines éticos o humanitarios, la gente se volvió muy egoísta. La leyenda urbana del niño que le robaba el reloj a su padre y aceleraba el tiempo hasta el día de Navidad para recibir los juguetes, y cuando volvía de su viaje intertemporal resultaba que sus padres se habían vuelto locos buscándole por medio mundo porque había desaparecido, es solo un caso de tantos. O más preocupante aún, el de las parejas con problemas. Los inexpertos en artes amatorias que veían cómo sus parejas les repelían en la cama ahora condensaban el tiempo para que los pocos orgasmos que tuvieran fueran infinitos, hasta llegar a convertir el sexo en una tortura para sus compañeros. La gente es muy arrogante, oiga. La gente se cansó hasta de hacer el amor. Cada día desaparece gente que quiere evadir impuestos, huir de asesinatos, recorrer el mundo: ni siquiera yo puedo saber si ayer mismo usted era un bebé y sus padres le enviaron a estudiar periodismo con otros “detenidos”. Puede que el alcalde esté ahora mismo espionando, a toda velocidad, lo que hace su esposa y en función de lo que descubra, así aprobará unas leyes u otras. Y es posible que la mujer del alcalde haga lo mismo, y descubra que su maridito se deleita en algún club de alterne.

Así que, sí, entiendo que se hayan prohibido los relojes. Comprendo y asimilo que ningún particular tenga derecho a llevarlo (figúrese, un empresario que pone cuotas a su propio mercado) y que sólo los institutos de investigación científica o algunos artistas puedan hacer uso de él. Mañana tendremos la vacuna contra esto o lo otro, o bien la certeza de que eso no se podrá conseguir. Pero lo que no tolero es que se me eche a mí la culpa de que la gente haga trampas con el tiempo. Se puede cambiar el curso del tiempo, pero no corromperlo, como sí ocurre con las conciencias de los hombres. Y ahí yo sí que no puedo hacer nada. ¿Comprende?



Un día soleado en Königsberg

1 Al finalizar este relato, el protagonista —es decir, usted —muere. Con toda seguridad creará que en alguno de los puntos se le va a dar una o varias oportunidades de salvar el pellejo. No se haga ilusiones, todo está dispuesto para que al final usted muera. La historia comienza en el punto 1, este. Se está planteando la situación inicial del protagonista, que es usted. Usted vive en Königsberg. Es un día de sol. Al final del punto 1 hay escritos una, dos o varias cifras que le indicarán qué camino puede tomar. Así, si encuentra un 29, un 3 o un 26, querrá decir que puede tomar el hilo que le conduce al punto 29, al 3 o al 26 del relato. No habrá pistas ni motivos acerca de por qué debe leer en un orden u otro (¿qué sentido tendría, ante lo inevitable de la eternidad?).

4, 5, 16, 29

2 El resto de la semana lo pasa usted tratando de arreglar algunos asuntos pendientes. Una noche, cuando usted ya estaba durmiendo, golpean con violencia en su puerta. Abre y uno de los sicarios le exhorta a acompañarle. Un coche le está esperando en su portal. Se viste y baja.

18

3 Agradece pasar su jornada laboral rodeado de penumbras y de sus libros de Faulkner. Recuerda que el propio Faulkner escribió muchas de sus obras mientras trabajaba por las noches y es por ello que usted empieza a pensar si quizá debería aprovechar estos tiempos muertos para escribir una novela, aunque no sabe muy bien por dónde empezar.

35

4 Son las ocho de la tarde y se acaba de despertar. Nada más levantarse y desperezarse, se prepara un té con tostadas y mientras lo bebe a pequeños sorbos y contempla la calle a través de la ventana de su apartamento, llaman a la puerta. Se trata de una notificación de carácter urgente para que abone de inmediato la cantidad de la

pensión de su hija que no ha abonado en el juzgado de Königsberg desde hace tres meses. La reclamación la hace su mujer a través de su asesor. Se pregunta, furibundo, cómo su mujer no es consciente de las dificultades económicas por las que está pasando en estos momentos. Deja las tostadas sobre la mesa y se apresura a bajar al cajero del banco que se encuentra al otro lado de la calle, justo en una esquina de la fábrica donde trabaja.

28

5 Lleva varias semanas, quizás meses esperando una llamada. Por fin suena el teléfono como una salvación, y al otro lado una voz familiar le pregunta si está interesado en ganar algún dinero. Por supuesto, dice que sí, sin preguntar siquiera en qué consiste el trabajo. La voz al otro lado del teléfono le dice que ya le llamará y cuelga.

12

6 Duda por un momento, se detiene y piensa en llamar por teléfono, ¿a quién? Antes de que se dé cuenta, escucha que un murmullo que va creciendo hacia el lugar donde está. Las voces parecen violentas y suspicaces.

32

7 Se esconde entonces detrás de una puerta. El guardia jurado parece alarmado, da dos pasos hacia la posición en la que se encuentra y, de repente, le suena el celular. Los matones se inquietan y comienzan a correr hacia usted. El guarda jurado y usted se miran un momento, y se vuelven hacia caminos distintos.

32

8 Toma el teléfono y piensa en dar el aviso, aunque duda por un instante: ¿qué podría decir? ¿Que ha escuchado unos ruidos? La idea le parece ridícula.

6, 19

9 Al cruzar Königsberg, en la antigua Prusia, hoy Kaliningrado, el río Pregel se divide en dos vertientes. Las orillas, incluidas las dos islas que forman las aguas, están unidas entre sí por puentes y forman un dibujo que en matemáticas se conoce como grafo. Si tomamos cada punto en tierra como un nodo, y después unimos todos los nodos, se dibuja lo que se llama un grafo con Ciclos Eulerianos. La particularidad de este grafo (completo, puesto que todos los nodos están unidos a todos los demás) es que no puede ser recorrido de un solo trazo. Esto lo demostró Leonard Euler, un matemático del siglo XVIII de quien decían “Lean a Euler, lean a Euler, él es el maestro de todos nosotros”.

26

10 Aunque el miedo le atenaza los nervios, se dirige raudo hacia el origen de los ruidos. Sujeta con fuerza la pistola que le proporcionaron y que apenas sabe utilizar, y se ajusta el gorro a imitación de un tricornio para infundirse a sí mismo algo más de seguridad. Ahora envidia la suerte de los seguratas que patrullan los trenes, algunas veces acompañados de un can al que azuzar en caso de peligro. A mitad de camino vacila entre continuar o volver a su puesto y esperar. Decide que prefiere comprobar con sus propios ojos de que no se trata de una falsa alarma. Acelera el paso y un nuevo alarido irrumpe en la quietud del lugar.

22, 38

11 El vigilante se lanza contra el grupo, no se ha dado cuenta de que usted está armado. Con muy poca sangre fría, levanta el arma y cuando se halla lo suficientemente cerca dispara varias veces. El vigilante

jurado cae apenas a dos metros de usted. Los mafiosos se acercan hasta el pobre diablo y le acribillan en el suelo. Después le increpan con acritud por haber disparado y recogen al prisionero, que introducen en la furgoneta en la que lo han traído. Usted monta con ellos y le dejan en la puerta de su casa.

15

12 Espera junto al aparato durante varias semanas, sin contestación. No quiere forzar las cosas así que se abstiene de devolver la llamada. La angustia por saber qué ha pasado, por qué se ha venido todo abajo en un momento, le atormenta. Al mismo tiempo es consciente de que llamando solo dará la impresión de estar desesperado, y eso podría empeorar las cosas.

34

13 Y al final usted muere.

14 Justo después de retirar el dinero dentro de la oficina, nota la punta de un cuchillo contra su yugular. Una voz trémula le amenaza con cortarle el cuello si no le da todo lo que lleve encima. La hoja se hunde un poco más en la camisa y usted siente un escalofrío.

17, 30, 32

15 A la mañana siguiente, no acude, como es lógico, a su puesto. Una vez que asume que ha perdido su trabajo, decide poner todo su empeño en obtener uno nuevo, antes de ser “oficialmente” despedido del anterior. Abre el periódico y en la sección de sucesos se sorprende al ver una foto a cuatro columnas de la misma fábrica donde estuvo trabajando.

Se encuentra el cadáver de un varón de unos 28 años maniatado y con un tiro en la cabeza.

Usted trata de tragar saliva, pero la sensación de culpa es demasiado grande.

23, 31

16 Entre los numerosos anuncios que abundan en el periódico le llama la atención uno en el que solicitan personas dispuestas a trabajar por la noche. No indican nada más, salvo el número de teléfono al que llamar. A usted nunca le atormentaron las historias de mafias que contrataban personas para hacer trabajos sucios a través de discretos anuncios en los diarios, así que se decide a marcar el número y, en efecto, tras tomar unas medidas de seguridad ridículas se da cuenta de lo necesitado que está de un empleo.

25, 36

17 El atracador le da la vuelta, le empuja contra la pared y usted descubre que se trata de un adulto que le increpa con acento extranjero. Tras examinar su cartera y los pocos billetes que contiene, lanza algunas maldiciones en su lengua y agita la navaja frente a su cara. “Poco dinero, ¿eh?”, le espeta. Uste contesta que lo siente mucho, que no tiene más y que ese dinero no es para usted mismo, sino para su mujer. El atracador reflexiona y usted aprovecha para estudiar una posible escapatoria. Cuando cree encontrar las agallas para zafarse del tipo, aparece un coche y le suben a toda urgencia a él. Le explican, sin dejar de amenazarle, que puesto que necesita dinero, trabajará para ellos. Lo quiera o no.

18

18 Una vez en la carretera, le proporcionan un arma y un traje de vigilante jurado que es obligado a ponerse. Usted no protesta, porque quizá sea la idea más peligrosa de todas. Penetran en una factoría a las afueras de la ciudad. Los mafiosos entran sin ninguna precaución y

esperan durante una hora. Llega una furgoneta. Le dicen que no tiene por qué preocuparse por su labor allí, que usted solo realizará labores de vigilancia.

21, 37

19 Finalmente se decide a marcar y narra casi a trompicones que hay alguien en el edificio y que no sabe qué hacer.

27

20 En un arranque de arrojo o de estupidez decide empuñar su pistola y correr hacia ellos. Hay en su precipitación un elemento que no ha tenido en cuenta: el número y el poder de los que se enfrenta. Cuando se percata de este importante detalle, lleva recorrido medio camino de la muerte. Los delincuentes le miran extrañados, como si usted estuviera a quince kilómetros de distancia y llevara plomo en los zapatos. Incluso el torturado, disuelto en heridas y sangre, se sorprende al verle enfundado en su traje de vigilante jurado.

Sigue corriendo al tiempo que empiezan a pasarle imágenes por la cabeza sobre el libro que pensaba escribir sobre Faulkner. Uno de los malhechores se lleva la mano a la chaqueta, desenfunda una Beretta y le apunta. Aunque esquiva el primer tiro arrojándose al suelo, dos o tres esbirros se acercan hasta donde ha caído y le encañonan. Es capaz de oír el ruido del percutor explosionando la bala y puede sentir cómo ésta rasga la piel del cráneo y levanta algunas esquirlas en el hueso. No puede moverse, pero puede ver cómo los mafiosos se alejan de su cuerpo y continúan torturando al pobre infeliz que usted pretendía salvar. Comienza a perder visión.

13

21 Le dan indicaciones para que salga y vigile. Usted obedece y se aleja, aunque está muerto de miedo.

40

22 La escena que se levanta ante sus ojos —un grupo de corpulentos matones golpeando con todo tipo de objetos puntiagudos a un joven que yace sanguinolento en el suelo —le hacen recordar por un instante las numerosas ocasiones en las que leyó con fruición las noticias de sucesos en el periódico, como si aquellas palizas, ajustes de cuentas, lecciones de humildad fuesen la materia imaginaria de películas de serie B o novelas policíacas. Permanece durante un instante oculto tras el marco de la puerta, contiene la respiración como si pensara que un solo vahído podría delatar su presencia.

El joven murmura algunas palabras en una lengua que usted no entiende y los matones se encolerizan.

20, 32

23 Pasa varios días encerrado en casa, sin saber muy bien qué hacer, muerto de miedo y solo. De repente, un día comienza a sentirse deprimido. Es una sensación que conoce bien, casi podría decirse que es un experto en depresiones. El pecho le aprisiona y le impide respirar. Desea golpearse en el esternón, desea abrirse en canal y que el aire corra entre sus entrañas pero no puede. Al cabo de un tiempo ni siquiera responde a las llamadas de teléfono, por temor a quién sea, a quien pueda acelerar los sentimientos de culpa.

24

24 Decide que ya no le basta con la caridad de otras personas. Ya está harto de buscar, de pensar que va a ocurrir algo, de cargar con tantas culpas. Coge su cinturón y lo ata a un travesaño en la cocina.

13, 36

25 Su trabajo es sencillo, y sus nuevos jefes no quieren que sepa nada más que lo imprescindible. Le llamarán en cualquier momento de la noche y usted deberá acompañarlos hasta el lugar que ellos le indiquen. Entre tanto, usted recibirá dinero (en un sobre de color marrón) que

le servirá para pagar las molestias. En todo caso, le advierten que es fundamental no tratar de tomarles el pelo con este asunto, en caso contrario recibirá usted dos tiros en las rodillas. O quizá en la nuca.

2

26 Inmanuel Kant, natural de Königsberg no viajó más allá de 150 kilómetros de su ciudad natal. En 1749 envió una carta a Leonard Euler, pero jamás recibió contestación. Kant murió sin tener noticia de Euler salvo por sus libros y teorías, que no fueron pocas.

9

27 La otra voz le dice que actúe mientras llegan los refuerzos.

39

28 El saldo no es esperanzador. Apenas le llega para devolverle la paga a la niña y aun así no alcanzaría para comprar el pan. Debe buscar un nuevo sueldo de inmediato y rezar porque su mujer sea lo bastante comprensiva como para entender su situación apurada y extender su confianza dos o tres semanas más.

14, 33

29 Ahora hace cosa de una semana que recibió una llamada de la agente de la E.T.T. que empieza a frecuentar con asiduidad. La agente, una mujer que no conoce en persona pero que se le antoja de cierta edad, con el pelo cano y rizado y gafas puntiagudas, le ofrece un nuevo trabajo de vigilante jurado en una de las tantas fábricas a las afueras de la ciudad donde vive. Su función o el motivo por el que le pagarán su sueldo, allí, en los extrarradios, será la de permanecer todo el tiempo de su jornada atento a cualquier evento, expectante ante cualquier emergencia y, llegados al caso, llamar a la central de vigilancia para que envíen refuerzos. A usted nunca le gustaron los trabajos donde

uno se limita a esperar que pase algo, y donde casi nunca pasa nada. Piensa que si alguna vez pasa algo es porque ya ha pasado antes. Pero no piensa demasiado en ello, porque se marea.

3, 40

30 El atracador le arrebató todo el dinero y se marcha a toda prisa. A usted no le quedan más que unas monedas y una expresión entre indignada y cobardica. Se resigna a poner una denuncia en la comisaría y cuando vuelve pasa por el quiosco de su barrio.

33

31 Al llegar a la factoría (poblada de ambulancias, coches oficiales, policías, etcétera) trata de encontrar a alguien que le explique la historia. No entiende si acude con la esperanza de aclarar lo ocurrido, de aportar alguna prueba o de recuperar su trabajo. A su llegada, un policía le escruta con ojos pequeños como alfileres y le pregunta que qué hace allí. Le toma declaración y le deja libre, usted le hace creer que apenas pudo oír nada de lo que pasaba en la fábrica.

23

32 Aunque asustado, echa a correr y no se detiene en su huida. Sabe que le persiguen, o al menos así quiere creerlo, al menos para no quedar como un ser patético que escapa de un peligro que quizá no exista. Nota como las gotas de sudor le empapan la camisa, el pelo se le alborota y está a punto de tropezar con la puerta del lugar. Una vez fuera, coge aliento para un último sprint y se pierde campo a través.

15

33 Fatigado por el calor, hartado por la pesadilla que se le avecina, utiliza el poco dinero que le queda para comprar un periódico de anuncios. Sube a su casa y comienza a ojearlo.

16

34 La voz al otro lado del teléfono, cuando por fin llaman, es la de su ex—mujer quincansada de que no le pase la pensión de su hija, amenaza con desplumarle hasta del último céntimo que no tiene. La última oración que sale de una boca que tantas veces le dijo te quiero, una boca que besó y dibujó corazones en la cama es, en esta ocasión: “te llevaré a juicio, cabrón”.

12, 23

35 Sueña con las cataratas de Iguazú, con los jardines de Babilonia, pero detesta la idea del escritor que escribe de lo que no conoce. Nunca escribió nada serio y eso que en los cursos de escritura creativa a los que ha ido asistiendo en sus periodos de desempleo algunos de sus cuentos eran aplaudidos por el resto de sus compañeros y tolerados por los profesores. Un comienzo arrebataador, un desarrollo explosivo y un final lógico, todo ello combinado con una manera, una sintaxis y una semántica personal. Mas ¿cuál es la manera más personal? Toma una hoja y reflexiona. Podría escribir una historia sobre un pobre diablo que pasa las horas muertas en su nuevo empleo en una nave industrial. Chupa la punta del bolígrafo y comienza por el título: Un día soleado en Königsberg. Se detiene un momento, levanta la vista hacia la oscuridad y comienza a escribir.

1

36 La súbita llamada de su agente de la E.T.T. le hace darse cuenta de la increíble suerte que en ocasiones puede disfrutar. Tanto la agente de la E.T.T., a quien no conoce, como usted saben que usted no es lo que se dice diligente con sus empleos. Ha perdido demasiados y por circunstancias más bien infantiles. A veces piensa de sí mismo que es un inconformista, pero en el fondo de su conciencia sabe que en realidad no quiere enfrentarse a los problemas de la vida. En estos tiempos en los que las mayores responsabilidades son exigidas para trabajos nimios, la aparición de este puesto de trabajo, tan similar y poco apetecible como

todos los anteriores, es casi providencial para salvarle de una crisis económica y personal que amenaza con destruirle como persona de una vez por todas.

29

37 De la furgoneta sacan a una persona envuelta en un saco. Los criminales comienzan a golpear y a gritar en su idioma al prisionero. Usted no se atreve a girar la cabeza. Oye un ruido en la puerta, pero no se mueve. Sospecha. Vislumbra una silueta al final del pasillo: parece tratarse del vigilante del lugar, que duda entre dar la alarma o intervenir en la escena. La misma duda le asalta a usted.

7, 11

38 El teléfono móvil comienza a sonarle en el bolsillo del pantalón justo cuando está a punto de llegar. Ante el ruido de carreras que se dirigen hacia usted y que se escucha al otro lado de la sala, da media vuelta y decide emprender la huída cuanto antes.

32

39 No considera que le paguen suficiente como para jugarse el tipo por un trabajo, así que se prepara para escapar.

6, 32

40 Tras varias horas sumergido en la soledad de la noche, solo el tintineo constante de las cadenas de la maquinaria y el estertor de alguna válvula reguladora le acompaña. Encuentra algo de calma escuchando una vieja radio que se ha encontrado en un despacho y cantando en voz baja. No es el trabajo que usted había soñado, pero al menos le proporcionará un dinero que le arreglará la vida durante un mes más. Deja de cantar por un momento y oye lo que parece ser el grito ahogado de una persona, justo en el almacén que usted vigila.

10, 39

## HOJA DE ENVÍO

Para:  
A la atención  
del director comercial  
de la Cooperativa  
BelCulture  
FAX:  
+250549681233  
COMPAÑÍA:  
Cooperativa Belaz  
Minsk, Bielorrusia  
TELÉFONO:  
+250549681233  
Asunto:  
Presupuesto

De:  
Departamento de Compras y  
Adquisiciones  
ETS Kabuga  
Fecha:  
14/02/1993  
NÚM. TOTAL DE PÁGINAS INCLUYENDO  
LA CUBIERTA:  
X  
REFERENCIA DEL REMITENTE:  
X  
SU REFERENCIA:  
X

Todos queremos a Kabuga

Estimado señor director comercial de la  
Cooperativa BelCulture:

Le escribo en nombre de ETS Kabuga, un  
complejo de compañías rwandesas sitas en  
Kigali con filiales en otras ciudades de  
Rwanda como Byumba, así como asociados en  
Uganda, Burundi y Zaire.

página 1/3

La historia de ETS Kabuga nace en la comuna de Mukarange, en la prefectura de Byumba de mano del actual presidente de ETS Kabuga, Félicien Kabuga quien, nacido en el seno de una familia humilde ha conseguido crear una de las empresas más prósperas en África del Este. Entre nuestros negocios se encuentran la importación y exportación de ropa, la explotación de campos agrícolas, así como una intensa labor social en la que Félicien Kabuga participa de manera directa, tal como la creación de escuelas, financiación de diversos institutos de comercio con su nombre y desarrollo agropecuario en poblaciones alejadas de grandes centros urbanos.

El motivo de nuestra comunicación es informarle de que el gobierno de nuestro país ha sido beneficiario de los créditos del Programa de Ajuste Estructural del Banco Mundial y el FMI para el desarrollo y explotación de los sectores primarios y secundarios en Rwanda. ETS Kabuga, siendo una de las empresas más competitivas en los sectores sobre los que desarrolla su actividad comercial, va a tomar parte de este proceso de financiación gracias a la obtención de un presupuesto por parte del gobierno de Rwanda para llevar a cumplimiento los objetivos


página 2/3

industriales y comerciales los distintos organismos que participan y gestionan el programa.

Por ello nos dirigimos a ustedes puesto que a nuestro parecer su empresa podría proporcionarnos una parte sustancial de la maquinaria y utillería agrícola, habida cuenta de que el plazo para el cumplimiento de entregas y desarrollo de los proyectos es muy corto por las condiciones impuestas por los responsables crediticios.

Atte.

Philippe Mna,  
Secretario personal de Félicien Kabuga  
ETS Kabuga.



página 3/3

# BelCulture

Para:  
Departamento de Compras  
y Adquisiciones ETS Kabuga.

Fax:  
 X  
Teléfono:  
 X

Fecha:  
17/02/1993

Estimado señor Mna,  
Agradecemos sobremanera que ETS Kabuga haya pensado nuestra Cooperativa para el desarrollo de sus planes.  
BelCulture es una cooperativa gestionada por el gobierno de Bielorrusia, con más de cincuenta años de existencia, cuya principal actividad se centra en la producción de maquinaria y utensilios de explotación agrícola. Somos uno de los primeros fabricantes y exportadores de tractores en la región de la antigua Unión Soviética y una de las pocas cooperativas que han tenido beneficios de manera constante durante la última década.

Después de nuestra conversación informal por teléfono, el departamento de producción ha estimado que su solicitud es plenamente realizable en los plazos propuestos, ya que tenemos en stock la mayoría de los productos solicitados. Se confirmará la fecha exacta en la sucesivas comunicaciones entre la secretaría de nuestra cooperativa y su departamento comercial.

A modo de recordatorio, le incluyo una breve descripción de los productos solicitados. Si la lista estuviera incompleta o fuera errónea, no duden en ponerse en contacto con nosotros en cualquier momento. En todo caso, el presente fax no constituye un documento contractual.

Salud,  
Piotr Ostropovich



Ref. 100056/1994

Tractor Bestack

100 u.

Recolector Bestack

100 u.

Azadón

25 000 u.

Machete

50 000 u.

Hoz

15 000 u.

Pala

10 000 u.

Pico

10 000 u.

From: Mna, Philippe <philippe.mna@kabuga.rw>  
 To: Verhofstadt, Yves <yverhofstdaft@brunel-school.be>  
 Subject: Re: Re: Re: MBA Full Time  
 Date: Mon, 21 Jul 1997 13:30:02 +0200  
 Importance: Normal  
 MIME-Version: 1.0

Estimado Yves:  
 Conforme, paso la información a mis superiores y las felicitaciones y agradecimientos al señor Kabuga.

Muchas gracias por su atención y amabilidad.

Philippe Mna.

>From: Mna, Philippe  
 ><philippe.mna@kabuga.rw>  
 >To: Verhofstadt, Yves  
 ><yverhofstdaft@brunel-school.be>  
 >Subject: Re: Fwd: Re: Re: MBA Full Time  
 >Date: Fri, 18 Jul 1999 19:07:04 +0200  
 >  
 >Querido Philippe,  
 >por favor, transmita mi personal  
 >felicitación a la nueva alumna y  
 >mi más profundo agradecimiento y el de la  
 >institución que dirijo  
 >al señor Kabuga por su aportación  
 >económica.  
 >En cuanto a sus dudas acerca de los  
 >documentos de inmigración  
 >no debe preocuparse, ya que el personal  
 >administrativo de Brunel School se

>de Brunel School se encargará de los  
 >oportunos procedimientos  
 >para que la hija de Mr. Kabuga no  
 >encuentre problema alguno  
 >para obtener el permiso de residencia.

>  
 >Asimismo, quiero aprovechar la ocasión  
 >para invitar a Mr. Kabuga  
 >y a su familia a visitar las  
 >instalaciones en Leuven  
 >de la Brunel School.

>  
 >Un saludo,  
 >Yves Verhofstadt.

>>From: Mna, Philippe  
 >><philippe.mna@kabuga.rw>  
 >>To: Verhofstadt, Yves  
 >><yverhofstdaft@brunel-school.be>  
 >>Subject: Re: Re: MBA Full Time  
 >>Date: Wed, 16 Jul 1999 19:07:04 +0200  
 >>  
 >>Estimado Yves:  
 >>La cantidad aportada a la escuela sería  
 >>del orden de \$1 532 155,  
 >>que serían transferidos puntualmente a la  
 >>cuenta de la escuela que  
 >>ustedes nos indicaran.  
 >>Así, el Sr. Kabuga considera que sería  
 >>necesario expedir un título  
 >>honorífico a su persona como benefactor  
 >>de su institución.  
 >>Para su información, el Sr. Kabuga tiene  
 >>una trayectoria demostrada de varios  
 >>años de inversión en dependencias  
 >>educativas, fuera y dentro de Rwanda.  
 >>

>> Puedo hacer llegar a su conocimiento una  
 >> lista de las instituciones públicas  
 >> y privadas en Europa y África que han  
 >> gozado en algún momento de los  
 >> prestamos y donaciones dentro del plan de  
 >> financiación educativa creado  
 >> por ETS Kabuga.

>>  
 >> Philippe Mna

>>> From: Secretaría Brunel School of  
 >>> Business <secretaria@brunel-school.be>  
 >>> To: Mna, Philippe  
 >>> <philippe.mna@kabuga.rw>  
 >>> Subject: Re: Re: MBA Full Time  
 >>> Date: Mon, 14 Jul 1999 10:01:54 +0200  
 >>>

>>> Estimado señor Mna,  
 >>> en respuesta a sus preguntas acerca del  
 >>> MBA Executive le comunicamos lo  
 >>> siguiente.  
 >>> -El alumno debe haber superado el  
 >>> examen IELTS o TOEFL  
 >>> con una puntuación aceptable.  
 >>> -Debe haber obtenido una puntuación en  
 >>> el GMAT superior a 550  
 >>> -Poseer al menos siete años de  
 >>> experiencia en el campo de la dirección.  
 >>>

>>> La traducción y convalidación de  
 >>> títulos correrá por cuenta del propio  
 >>> alumno.  
 >>> En ningún caso la Brunel School of  
 >>> Business se encargará de los  
 >>> asuntos administrativos que

>>> refieran a documentación a aportar por  
 >>> el alumnado.  
 >>>  
 >>> Todos estos requisitos son obligatorios  
 >>> y la política de la Brunel School  
 >>> es la de no admitir excepciones salvo en  
 >>> casos muy especiales.  
 >>>

>>> En todo caso le remito al director de la  
 >>> escuela para que discuta con él  
 >>> los pormenores de la particular  
 >>> situación de la alumna a la que refiere.  
 >>>

>>> Dr. Yves Verhofstadt  
 >>> Teléfono\_ +32 9 210 97 25  
 >>> e-mail : yverhofstdaft@brunel-school.be  
 >>>

>>> Secretaría Brunel School of Business  
 >>>

Kabuga ETS

Kigali, Rwanda  
20 de Abril de 1994

COMUNICACION INTERNA  
URGENTE A TODOS LOS  
EMPLEADOS DE ETS KABUGA

La situación actual de Rwanda y el futuro de ETS Kabuga.

Estimados compañeros, empleados, amigos:

Los acontecimientos que últimamente viene produciéndose en Rwanda nos afectan y nos preocupan a nosotros y a nuestras familias. Son tiempos revueltos para nuestro país y nuestros políticos. La comunidad internacional y los países con los nuestra empresa trata tienen la vista puesta sobre nosotros y la situación política en nuestra tierra, a sabiendas de que tenemos una responsabilidad no sólo económica con nuestros clientes, sino también moral

con nuestros ciudadanos.

Como presidente de ETS. Kabuga, nunca he querido participar en política más allá de lo estrictamente necesario para la buena marcha de nuestra compañía y el bienestar de nuestros empleados. Sin embargo, ante lo incierto de la situación actual de nuestro país, creo que mi responsabilidad no como empresario, sino como líder y amigo vuestro, es la de tomar parte en la solución a los problemas que acucian gravemente a nuestra nación.

Por eso creo que es una exigencia que hagamos un esfuerzo patriótico por mejorar el estado de nuestra tierra, y quiero invitaros a la charla que daré el próximo lunes, 24 de abril, en Hotel Méridien, en Gisenyi, con el tema: "La historia del problema tutsi" bajo el auspicio de la Coalición por la Defensa de la República, que forma parte del Movimiento Nacional Revolucionario para el Desarrollo.

La asistencia es obligatoria para todos los miembros del MNRD. En caso de no poder asistir, el devenir de los

debates podrá escucharse a través de los medios de Radio Televisión Libre de las Mil Colinas, en la que como sabéis, ETS Kabuga posee participaciones.

Un abrazo y viva Rwanda,

Pélicien Kabuga  
Presidente de ETS Kabuga.

Leuven, Bélgica, 17/09/1999

Querido papá:

¿Qué tal estáis todos? Espero que bien. He leído algunas noticias en internet, sobre todo el asunto del tribunal y la acusación y ando un poco preocupada, más que nada por mamá. El otro día me llamó muy angustiada pidiéndome que volviese a casa, pero como bien sabes no tendré vacaciones hasta Diciembre. Supongo que llegaré a tiempo para la inauguración del nuevo hospital en Kigali, en todo caso ¡hazme un huequito en primera fila!

Bueno, desde hace unos días estoy trabajando en Leuven (¡por fin!). Tendrías que visitar Leuven algún día, te encantaría, es tan diferente a nuestro país... Quizá cuando vayas de nuevo a Ginebra podríamos visitarlo juntos. Europa es un sitio muy bonito, a veces pienso que me gustaría vivir aquí toda la vida, pero creo que podría ayudarte mucho más en Kigali.

En Bruselas me llevé un susto enorme, porque me quedé dormida en el metro y me pasé de estación. Cuando me desperté el vagón no quedaba nadie a mi alrededor y las luces estaban apagadas. El tren estaba en las cocheras y los empleados se habían olvidado de comprobar que no quedaba nadie en el interior del vehículo. Traté de abrir las puertas, tiré de la palanca de emergencia y grité, hasta que al final me vio un chaval que hacía la limpieza y llamó al encargado. Nunca había sentido tanta angustia, he de tener más cuidado la próxima vez.

Ya os lo habrá contado Philippe pero he tratado de arreglar el asunto de la Crédit Suisse por teléfono, he llegado a hablar incluso con el director de la oficina de Berna pero me temo que tendré que presentarme allí y montar un numerito. En todo caso el director te envía sus saludos y se pregunta cuándo te pasarás por allí (es impresionante, Papá, la cantidad de gente del mundo te admira y te quiere). ¡Bueno, todos te

queremos!

Espero que lo del Tribunal no sea nada y que podáis volver pronto a Kigali. También me gusta saber que os estáis asentando tú y mamá en Nairobi y nadie os molesta. Sé que es duro, pero al menos seguís en África y Rwanda no os queda tan lejos por si queréis visitar nuestras mil colinas. Y si alguien, a pesar de todo, te molesta, tú dímelo, grrr, ¡que me lo como!

Mil besos como mil colinas,  
Lulú

Tribunal Penal Internacional de las Naciones Unidas Para Ruanda

Caso No. ICTR—98—44B—I

La fiscalía contra Félicien Kabuga  
2004 —Oct I P 2 22

Archivo y registro judicial recibido.

[...]  
pps. 24

29.

Félicien KABUGA ordenó a empleados de su compañía Kabuga ETS importar a Ruanda un número récord de machetes. En Abril de 1994 ordenó e instigó a miembros de la Interahamwe sobre los cuales tenía control efectivo transportar machetes y otras a Gisenyi y distribuir los machetes y otras armas entre los miembros de la Interahamwe en Gisenyi. La Interahamwe utilizó los machetes en Gisenyi entre el 7 de Abril y el 17 de Julio de 1994 para exterminar la población Tutsi. Mediante la importación y la distribución de machetes a la Interahamwe KABUGA ayudó y amparó las matanzas llevadas a cabo por la Interahamwe.

[...]  
pps. 14 a 15.

72 .

Félicien KABUGA, como presidente de Radio Televisión Libre de las Mil Colinas (RTL) desde el 8 de Abril de 1993 hasta el 17 de Julio de 1994 tuvo control de iure sobre la programación, operaciones y finanzas de RTL entre Abril de 1993 y el 17 de Julio de 1993 y fue

director de todos los empleados de RTLM. A través de este puesto y por medio de las reuniones del Comité de Iniciativa de la RTLM, el comité de gestión asimismo ejerció control de facto de la RTLM y por ello tuvo control efectivo sobre los empleados de la RTLM en el sentido de tener la capacidad para prevenir y castigar sus acciones.

73.

Entre el 8 de Abril de 1993 y el 17 de Julio de 1994, los empleados de la RTML que eran subordinados de Félicien KABUGA, utilizaron la RLM como emisoras de radio para diseminar mensajes anti—Tutsi y odio entre las etnias Hutu y Tutsi con el propósito de provocar la muerte o daño mental o físico a los miembros de la población Tutsi, con objeto de destruir la etnia Tutsi así como los miembros Hutus que se oponían a la división étnica.

74.

Durante el periodo que va desde el 30 de Septiembre a 17 de Julio de 1994, los empleados de la RTML que eran subordinados de Félicien KABUGA emitieron programas en los que se instigaban a la población a cometer matanzas, otros actos de violencia, discriminación y odio contra Tutsis y Hutus que se oponían a la división étnica.

75.

Entre el 26 de Noviembre de 1993 y el 10 de Febrero de 1994, Félicien KABUGA encabezó una delegación del consejo de administración de la RTLM en un encuentro con el Ministro de Información Ruandés Faustin RUCOGOZA en la cual el Ministro RUCOGOZA protestó acerca de los mensajes que la RTLM estaba difundiendo, que vinculaban a la población Tutsi con el Frente Patriótico Ruandés (RPF) y que esos mensajes estaban incrementando el odio entre etnias. Un boletín de noticias del día 19 de Febrero de 1994 fue emitido en Televisión Ruanda

en el cual KABUGA defendía las emisiones de la RTLM y mostraba su conocimiento sobre los contenidos de las emisiones así como su falta de voluntad para prevenir la diseminación de los mensajes anti—Tutsi por parte de la RTLM.

76 .

Entre el 6 de Abril de 1994 y el 17 de Julio de 1994, los empleados de la RTLM que era subordinados de Félicien KABUGA fueron una de las más importantes fuentes de información para la población de Rwanda y difundieron información acerca de la localización de Tutsi, y urgieron a los ciudadanos ruandeses a encontrar y matar a todos los miembros de la etnia Tutsi así como a encontrar y matar a todos los miembros de la etnia Hutu que se opusieran a la división étnica.

[...]

78.

En una reunión con las autoridades oficiales administrativas de Gisenyi, en una fecha desconocida a comienzos de Junio de 1994, Félicien KABUGA justificó las matanzas masivas de ciudadanos Tutsi y mostró conocimiento de tales matanzas por parte de sus subordinados y su falta de voluntad para prevenir o castigar estas matanzas.

Firmado en Arusha, este día 1 de Octubre de 2004.

Hassan Bubacar Jallow  
Fiscal.



El malo de la película

*A mi madre*

Déjame ahora detenerme un momento en este banco y evocar en medio de nuestra tranquila conversación un secreto que durante todos estos años ha dormido en mis entrañas pero que hoy siento necesario revelarte, ya que en estos días de sosiego a tu lado empiezo a temer que este recuerdo despierte de súbito y envenene tu mansa compañía.

Nunca te dije que fui padre durante tres meses. La casa en la que viví con mi chica durante los meses del embarazo desbordó alegría; eso sí que puedo jurarlo, una alegría franca sin el envés de temor que fulge en las conciencias de los padres primerizos. En ningún momento de mi vida me había parado a reflexionar sobre qué significado tendría para mí la paternidad, y la llegada inminente del bebé no me intranquilizó, ni me sumió en cavilaciones ridículas, la dicha se apoderó de mis sentimientos y disfruté, casi irracionalmente, de aquellos momentos de espera junto a mi chica.

Sin embargo, el día del parto, una rara melancolía encogió sordamente nuestras alegrías. De camino al hospital, mientras observaba los barrios desquiciados de Dublín a través de la ventana del taxi, tuve la impresión de que el final de aquella carrera conduciría a una macilenta tristeza, adagio indefinible y gris, de la cual no podría expresarse tan siquiera su sentido o su cura, una tristeza que sería el remanente del cúmulo de tristezas a las que nos habíamos acostumbrado por el simple hecho de existir, ya fuera como enamorados, ya fuera como individuos. El parto presentó complicaciones para mi chica; una sutura que no quiso cerrar y se infectaba constantemente la dejó recluida en el hospital, aislada de mis atenciones y del hijo al que acababa de parir. Esto supuso que



durante las primeras semanas de vida de mi hijo tuviera que hacerme cargo de sus cuidados. No te sorprenderá saber que esta eventualidad fue un acicate para abandonar mi puesto en el Banco y dedicar todo mi tiempo al nene y a su cuidado. Quizá me reproches que ella y yo ocultásemos durante todo este tiempo su embarazo y el parto. Ahora lo lamento, pues nada me hubiera aliviado más en aquellos momentos que una persona en la poder confiar mis preocupaciones, como ahora yo te confío mi desazón.

Cuidar de mi hijo no fue trabajoso, a pesar de que mi responsabilidad tuvo que doblarse debido al padecimiento de mi compañera. De alguna manera, el nene y yo ajustamos mutuamente nuestros horarios: cuando él pedía comer, yo comía; cuando él quería dormir, yo lo hacía. Salíamos a pasear, incluso en los días en los que Dublín se cubría de su lluvia invisible y rara. El secretismo con el que habíamos llevado el embarazo nos había embebido a mi chica y a mí en una suspicacia extrema. Por ejemplo, nunca llegamos a decorar la habitación del bebé por temor a que algún invitado preguntara a qué se debía ese cambio. En aquel momento, me di cuenta de que aquello que habíamos tratado de convertir en una aventura que sólo nosotros dos compartiríamos se había transformado en una paranoia a dúo. Y ahora no teníamos ni siquiera un carrito para llevar a nuestro hijo de paseo. Ello no me amedrentó, sin embargo, de aguzar la imaginación. Tomé un jersey de lana de gran tamaño que mi chica había utilizado para ocultar su barriga, le cosí un bolsillo por la parte delantera y así, a la manera de los canguros, salíamos a la calle y caminábamos hasta St. Stephen's Green, yo cubriendo la cabeza de mi hijo para

evitar que se mojara, él descubriendo el mundo a la altura de mi pecho. Visité en varias ocasiones a mi chica en el hospital, pero siempre dejé al bebé a cargo de unos vecinos con quienes gané confianza tras la llegada del niño. No deseaba que mi hijo conociera a una madre convaleciente y débil, incapaz de llevarlo en brazos y regalarle arrumacos, sino a una mujer con una fuerza resplandeciente en la que pudiera refugiarse durante los primeros meses de su vida. No la hablé más que lo justo de cómo se encontraba su hijo. Supongo que conocer a su hijo sólo de oídas, comprobar con sufrimiento que aprendía a vivir, minuto tras minuto, sin su madre presente, no la colmaba de alegría.

Lo que te voy a narrar ahora puede parecer producto de la ansiedad que me produjo aquella situación, pero puedo asegurarte que en aquellos días yo era el hombre más dichoso del mundo. Al cabo de pocas semanas, comencé a tener la impresión de que mi hijo menguaba. No se trataba de que el pequeño hubiera dejado de crecer repentinamente, ni que el bebé careciera de apetito y se negara, como es común en los recién nacidos, a realizar sus tomas. Era algo más profundo. ¿Se hacía el mundo más grande para él? Su llanto, antes estentóreo se había ido condensando poco a poco y se convirtió en un continuo lamento. Dormía mucho más encogido, como si la cuna en la que descansaba le amenazara con púas invisibles. Mi hijo disminuía de tamaño y lo sufría toda vez que tuve que descoser el bolsillo del jersey de lana, reducirlo una cuarta y volverlo a coserlo más cerca del pecho para que pudiéramos seguir con nuestros paseos. Los pediatras le restaban importancia al asunto y argumentaban que todo se trataba de mis nervios de padre



primerizo, que jamás se dio caso alguno en el que un niño bien alimentado disminuyera. Yo era quien vivía con él, comía con él y dormía junto a él, y todo el mundo que yo había construido en torno a su existencia tuve que reducirlo. Reducirlo. Sus piecitos y manos quedaban ahora ocultos tras las mangas del pijama, las tetinas de los chupetes y biberones le desbordaban la boca y tuve que inventar otros métodos (como cánulas) para que pudiera comer. La ausencia de mi chica dificultó las cosas. Ahora debía permanecer vigilante toda la noche puesto que temía que las sábanas y mantas terminaran por aplastarle, sus lloros eran cada vez más débiles y silenciosos, sus gritos de bebé se convirtieron de la noche de a la mañana en un lamento soterrado y casi inaudible. Nunca dije a mi chica que esto estaba sucediendo en nuestra hogar. No importaba.

Mi bebé se transformó en un ser que apenas cabía entre las palmas de mis manos. Yo me empeñaba en seguir con nuestra vida como había hasta entonces: mojaba mi dedo en la leche y luego lo llevaba hasta su boca en gotas que él lamía, retomamos nuestros paseos aun cuando él apenas cabía llegaba a ver por encima del bolsillo de mi camisa. Un día en el parque se puso a llover con tal intensidad que tuve miedo de que mi bebé se resfriara, así que lo tomé entre mis manos y lo resguardé en un bolsillo del pantalón, donde pensé que se encontraría a salvo del agua. Corrí de vuelta hacia mi casa, crucé Grafton Street esquivando a los turistas a quienes no les importunaba la lluvia para seguir realizando sus fotografías. Llegué al cruce con Nassau y salté por encima de los dibujos a tiza, ahora emborrionados, que algún artista callejero había dejado a cambio de algunas monedas. Sin detenerme en





los pasos de cebra, llegué hasta O'Connell Street y tuve un encontronazo con un grupo de adolescentes que salía de un restaurante y que me increparon en inglés... Corrí y corrí, evitando la lluvia, hasta que llegué a casa, y una vez allí, comprobé asustadísimo que mi hijo había desaparecido. No estaba en mi bolsillo, se habría caído en medio de la tormenta, mi hijo había desaparecido. Frenético, desesperado, busqué por todo el centro de Dublín, pregunté a varias personas que me tomaron por loco, asusté a unos escolares, un policía amenazó con llevarme a comisaría. Horas de búsqueda que terminaron en el portal de mi casa, yo sentado, esperando que arreciara el tiempo. Me quedé absorto mirando los pequeños ríos y charcos que se formaban en las aceras y que se perdían en las alcantarillas.

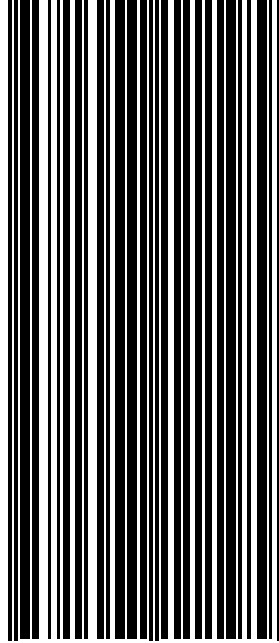
Esa misma noche mi chica fue dada de alta. Y jamás preguntó por el bebé. No le extrañó su ausencia en casa, ni la seriedad de mis palabras, ni el vacío tremendo que ocultaban nuestras conversaciones. Esa noche se metió indiferente en la cama durmió con las manos apretadas contra el vientre. Yo la abracé y me quedé dormido hasta el día siguiente. Nunca más se mencionó en mi casa la palabra hijo. No fue difícil recuperar el trabajo perdido. No fue difícil volver a la vida anterior al embarazo. Todo volvió a la normalidad.

Ésta es la única memoria que conservo sobre el único hijo que tuve. No recuerdo su nombre, ni su cara, ni el color de sus ojos. Pensarás si no es fruto del delirio que azota a los que vivimos bajo este cielo siempre gris o si se trata de una mala metáfora con la que sugerirte una historia verdadera. Mi hijo fue llevado por alguno de los riachuelos que formó la lluvia aquella noche, cayó dentro de una alcantarilla y la

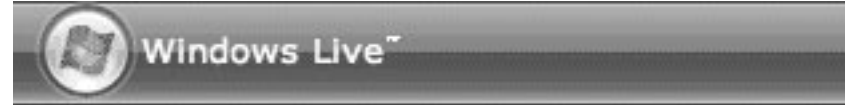


corriente lo arrastró hasta el mar. Allí se alimentó de algas y sales, luego alcanzó el tamaño justo para elevarse junto al agua evaporada por el sol. Después se unió a cualquier nube que encapota el cielo de Dublín y un día descargará sobre St. Stephen's Green. Con suerte, en su lenta caída junto a la lluvia encontrará tierra fértil. Comenzará a florecer, a crecer, esta vez como un hijo verdadero, un hijo de la tierra y no de la herida, como un diente de león, o un morronguillo. Quizá esas nubes no se quedaron en Dublín y el viento las transportó hasta aquí, hasta Francia. Algún día lo reconoceré mientras paseo por algún parque, puede que vaya contigo de la mano o absorto en mis pensamientos, puede que levante la mirada y lo reconozca y entonces le abrace y pueda, al fin, darle un nombre.





Otra historia de amor



**desde la manga, tttttttttt**

De: HeLenAh (raqumo@hotmail.com)

Enviado: jueves, 24 de junio de 2010 14:45:44

Para: Otra historia de amor (yomismalamasxula\_15@hotmail.com)

ke pasa xulaaaaaa

ke te escribo superrapido xq mi viejo ha dejado el portatil un rato q se lo ha traído a la manga para trabajar estos días y no lo suelta el jodio. Pues na q llegamos esta mañana y un calufo q no veas, mi madre con un cacho cabreo xq no le gusta la playa y siempre se queda en casa sola, bueno no cuidando el enano q x cierto se ha venido malo tiene cagalera o algo. e bajao a la playa un rato despues de llegar xq la ducha no funciona y ha tenido que venir el tio q cuida esta historia y dice q es de no usarla, tenias que verlo se hecha el pelo hacia alante to grasiento y oliendo a anisete, se han quedao con el mientras miraba lo de la ducha y yo he dicho q me piro y me he bajao a tostarme un rato. un conyazo xq solo havia viejos poca gente de mi edad esta noche a ver si mi padre me deja ir al zoco siempre está con k soy muy pekeña que no se me ha perdido nada ahiiii bueno papaaaa ya tengo una edaaaaad y estoy de vacaciones yuhuuuu!!!!

bueno tipa mañana te cuento, chauuu!!! muakis muakis muakis!!! :))))))

Compartir tus mejores FOTOS es fácil en CorreoLé ¡DESCUBRE cómo!



Windows Live™

**ktalIII**

De: HeLenAh (raqumo@hotmail.com)

Enviado: viernes, 25 de junio de 2010 12:15:10 p.m.

Para: Otra historia de amor (yomismalamasxula\_15@hotmail.com)

eoooooo

playaplayaplayaaaa q tal por la citi un rollo eh???? y yo aqui desde la arenita, jjjjjj aunq no te creas que ayer sali y me tube que volver superpronto a las 11 tia tu te crees? y encima mi padre viene a buscarme con una caraaa y todo xq mi madre esta chinada por lo de la ducha y le monta pollos, yo pasooo, ademas sali con ellos a pasear que paloo ahi los cuatro por el paseo maritimo como de procesion mi brother vomitando que daba gusto mi madre q nos vamos a casa y mi padre que no todo el mundo mirando y yo como un tomate, y encima yo q no digo na que se maten si quiere empieza mi madre con la tabarra de q estudie y yo maaaa que stoy de vacaciones a ver si te enteras pues no sales pues no salgo pero vamos q al final si estuve un rato de botellon con algunos coleguillas de alli, vino uno nuevo con nombre raro, damian o fabian, como argentino el tio, estaba superbien y hablar raro aunq se echa una colonia q parece de marika. ahora en un rato dice mi viejo que nos vamos a un restaurante y mi madre que llame al tio de la ducha q es un asco y yo le digo que se lave en la ducha de la piscina y me dice que me calle pues ella misma, menudo conyazo no vuelvo con mis padres, pffffff. por cierto que hoy con toda la movida me quedare hasta mas tarde ya se lo he dicho a mi padre y he sido clarita, me entiendessss aunque el pobre q va a decir si se viene a trabajar a la playa. a ver si veo al argentino y te cuento, ya hay ambientillo por aqui aunque ai infinitos viejos da un poco

de ascazo bañarse, jjjj

¿Sabes que la Videollamada de CorreoLé es GRATIS  
¡Descúbrela!



Windows Live™

**de fies**

De: HeLenAh (raqumo@hotmail.com)

Enviado: sábado, 26 de junio de 2010 15:47:04

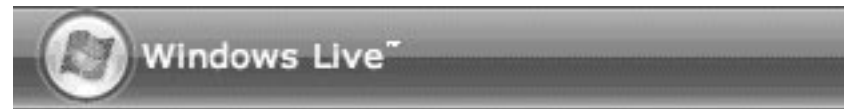
Para: Otra historia de amor (yomismalamasxula\_15@hotmail.com)

pos naaa, putiiii que me aburro

ayer na de na, bueno un poco con los coleguis de aki xo ni argentino ni nada mi viejo que vino a buscarme a las 11 otra vez y eso que era viernes, me echo una bronka k no veas, bueno es k iba un pokillo borratxa, xo yo k se, como se puso el tioooo que no le vomitara en el coche, madreeee como estan las cosassss. i todo porque mi madre llega la tia y llama al vecino asi sin decir na ni na y le dice que si se puede duchar o que, claro es q no te lo contao tia, joer es que con la resaca me rallo mazo xo ahora no voy a ponerme a revisar, jjjj, toy to loka!!!! es q el tio de la ducha sigue sin venir y mi madre esta to chinada xq dice que esta hasta las narices de no poder ducharse mi padre como q pasa un poco y le contesta que ya vendra que ya vendra la verdad es que mi padre lleva llamando al puto askeroso todo este tiempo y el tio solo vino el primer dia como es finde pues no trabaja ni cristo. bueno eso es lo que le dice a mi madre mi viejo, y mi madre que nos volvamos que nos volvamos y mi padre que no, mi vieja que si que el niño esta malo y q no tenemos ducha, en fin te puedes imaginar, q si patatin que si patatan, total que agarra mi madre y se presenta en la puerta del vecino y le suelta que no

tienen ducha y q si puede usar la suya y que la vida es muy dura, jjjj, todo esto en voz mu alta y con la puerta de mi kasa abierta y mi padre oyendolo todo desde el salon, mi madre casi gritando xa q mi padre le oyera y mi padre por lo bajini ya veras ya veras, el vecino to flipao como diciendo xo esta tia loca aki gritando y le dice si si pasa, salio hasta la mujer del vecino, q lleva unos pendientes mazo grandes y feos como de hojalata, asi que mi viejo sale y le dice q entre en casa, mi madre q no, q ya que la hecho abrir, el vecino q no le importa y abre la puerta otro mas, jjj, q movidon mi padre rojo como un tomate y el enano q se cagaba y entra corriendo en la casa del vecino sin pedir permiso ni nada. me muero con este niño,jjjjj. bueno pues al final mi madre se a vuelto y se ha liado la de dios es cristo en el salon, yo me he bajao a la piscina haber si se se les pasaba la tonteria un ratito y parece que si, demasiado tranquilo, jjjjj, me aburro y todo. xo esta noche ma dicho mi padre que puedo qdarme asta las una o x ahi, nah seguro que quiere ablar con mi vieja o algo, ya te cuento, pedorra.  
muaks muaks muaks.

¿Te gustaría tener Correolé en tu móvil Tomi? ¡Es gratis!



### **movidoon XDDD**

De: HeLenAh (raqumo@hotmail.com)

Enviado: domingo, 27 de junio de 2010 18:32:18

Para: Otra historia de amor (yomismalamasxula\_15@hotmail.com)

que resakooooooooon tiaaaaaa!!!!  
al final sali a liarla por ahi y valla si la lie, pffff, le conte a mi viejo no se que de un autobus que nos devolvía ala urbanizacion y me dijo que vale, bueno no fue tan facil tube que llorarle un pokitin pero al final nada q me da pelas y q le yame si veo que no lo cojo xo que a las 2 en casa. pues no se me ocurre otra cosa q pillarme el pedo de mi vida xq vino el argentino to chulo xq su familia deve estar forrada y se trae unas botellas de negrita y toda la pesca y nos cuenta que vamos a su casa to la tropa y nos recoge el coche de su hermano mayor y nos lleva a un apartamento a las afueras kasi al principio de la manga. total que alli empezamos a beber mu buen rollo por todas partes jugando a cosas de crios como la botellita y tal y al final se me abalanza el tipo este no el hermano sino el argentino. nos damos el palo un buen rato y se me va el santo al cielo le digo q tengo que volver xq mi padre ma dicho que a las 2 y el q no q vamos a la habitacion sobandome el culo, va ya no me gustaba tanto ansioso q estaba el tio y yo que no que otro dia y el q si soy una estrecha y k me den x culo. el flipao!!!! asi que yo q ya iba a cargadita le digo q q le den por culo a el q es un mierda y q encima es maricon como todos los argentinos aparece el hermano to cabreao me llama de todo y me echa d casa casi a patadas mis colegas estaban demasiado borrachos o liandose entre ellos, asi que total me pongo a andar para volver a mi kelfo (habian como 12 kilometros, no te digo na)

y me pongo a buscar un taxi o lo q sea, no pasaba ni uno, luego veo a unos policias y les pongo cara de buena les digo que mira q esto y que lo otro y los tios que nanay que a ver si me he kreido que son un taxi y yo pero es que no hay taxis pues yame a uno señorita, pfffff. al final para un coche con unos bakalas les digo dnd vivo y ellos q me vaya de fiesta y yo q no q paso q estoy harta y solo kiero llegar a casa. al final el coche para como a cien metros de mi casa sale el q conducia a acompañarme y claro me tuve que liar un rato con el, como me havia traído y tal. y como estoy gilipollas cuando subo a mi casa resulta q me havia dejado las llaves en casa del argentino asi como q paso y empiezo a llamar y llamar y aporrear la puerta y mis padres sin abrir, menudo show me empiezo a cagar en dios xq estoy hasta el coño de esa noche y mi padre me abre me dice pasa pa dentro y deja de gritar y yo q no me hable asin y el que si estoy tan loca como mi madre y yo q a mi madre no la insultes gilipollas, pffff, q movida no tenia que haberle hablado asi, xq no dijo nada y se metio en la habitacion y yo en la mia yasta aora.

y aora viene lo mas rallante cuando me levanto no estan, pfff, un dolor de cabeza y unas ganas de potar q no veas... devian ser las cuatro de la tarde, empiezan a aporrear la puerta y cuando abro resulta q es el tio de la urbanizacion q viene a arreglar la ducha, le digo q mis padres no estan y el q le llevan dando la tabarra todo el finde y q cuando van a volver yo q se le digo yo bueno pues es un momentito. como paso de que me coma la cabeza le dejo pasar y me tiro a la cama. me qdo dormida y al rato viene el tio toka en la puerta y me dice q ya esta q la provemos y q le contamos q el se pira. yo le digo q si q si q si me puedo duchar y el no hay problema y me meto en el baño me empiezo a quitar la ropa y cuando estoy en bragas me vuelvo a la habitacion xq tenia ahi la ropa y !!!!el tio todabia estaba alli!!!! joder q susto me lleve el tio me mira de arribaabajo y yo en tetas que verguenza pego un grito y me meto en el baño to acojonada el tio viene detras de mi y golpea en la puerta y dice q no pasa nada q lo sentia

y yo q una polla, q se vaya y el tio q no pasa nada q ya se iva pero yo se muy bien como me miraba las tetas el asqueroso pfff que ascazo tia nunca lo he pasado peor. luego cuando oi la puerta de cuando se piraba sali poko a poko y comprabe q ya se havia pirado pffff que miedo.

pos nada luego vino mi viejo to chinao y nos vamos de vuelta en un rato y eso q le e dicho que ya abia venido el de la ducha no le he contado lo otro imagina q palo, pero nada parece q el enano sigue malo y mi madre tiene asta la cara hinchada ya te contare el resto cuando yeguemos.

besitos.

Actualízate gratis al nuevo Internet Wanderer 8 y navega más seguro



Un encuentro fatal

- ¿Ya está grabando? ¿Sí? No sé por dónde empezar.... ¿Qué digo?
- ¿Por qué no comienza hablando de su padre? Luego ya decidiremos entre los dos qué publicamos y qué no.
- Claro, pero... No sé qué decir.
- Hábleme de la vida su padre, por ejemplo, ¿cuándo se casó con su madre?
- De eso hace... Unos cuarenta años... Sí, cuarenta años, porque antes de su muerte acudimos a su aniversario en la Hacienda, ese restaurante que hay en una salida de la Nacional II. ¿Lo conoce? Está cerca de Guadalajara, en la carretera que lleva a Los Santos de la Humosa. Tienen un salón acondicionado para el baile y a mi madre siempre le gustó bailar, desde pequeña. Vino mucha gente: familiares, colegas de profesión, amigos. Mi madre tocó el piano por primera vez en mucho tiempo. Figúrese que antes de casarse con mi padre, pensó incluso en hacerse profesional...
- Preferiría que nos centráramos en la figura de su padre, su trayectoria personal y profesional. Ya me entiende. ¿Cómo era antes de casarse?
- Mi padre siempre fue un prodigio en los estudios, y no tanto por su capacidad para la medicina, sino por su tesón y su manera concienzuda de profundizar en cualquier tema, tuviera que ver o no con su profesión. Esto le ocasionaba problemas frente a algunos colegas.
- ¿Se sentía menospreciado?
- No, todo lo contrario. Era muy humilde, demasiado, hasta tal punto que a veces guardaba silencio ante personas menos capaces.
- Ponga un ejemplo.
- Me refiero a las situaciones en las que se habla por hablar y no se presta suficiente atención a aquello que se está diciendo. Le pondré un ejemplo, ya que me lo ha pedido: Corre el rumor de que en ciertos países árabes eructar tras la comida está considerado como un gesto de buena educación. Mi padre viajó mucho mientras estuvo en activo

y visitó muchos países árabes y sabía con total certeza que eso era una estupidez.

—Ahá.

—En una reunión familiar, su cuñado y mi primo discutieron sobre esta supuesta costumbre y mi padre, aun sabiendo que se equivocaban, no dijo nada. Me miró de reojo, me sonrió y permaneció en silencio.

—¿Con sus familiares más próximos era así de reservado?

—No. Recuerdo que siempre nos concedía un amplio margen para que la mentira, el error o la inexactitud que nosotros creíamos cierta, se fuera agrandando. Si decíamos alguna sandez, nos dejaba parlotear un buen rato sobre ello, a sabiendas de que estábamos equivocados. Incluso dotaba a sus preguntas de un tono crédulo que nos afianzaba cada vez más en nuestra opinión. Nunca se precipitaba ni interrumpía la conversación, a lo sumo carraspeaba y nos miraba con interés por encima de las bifocales mientras terminábamos.

—¿Y después? ¿Les hacía ver que estaban equivocados?

—No, nada de eso. Él siempre preguntaba. Nunca nos corregía directamente.

—¿Cómo eran esas preguntas? Explíqueme eso. ¿Cómo lo hacía?

—El ejemplo de los árabes. Mi padre no hacía valer sus viajes, que hubiera sido lo más lógico, y dada la autoridad que tenía sobre nosotros nos hubiera bastado para convencernos de nuestro error. Sin embargo nos lanzaba preguntas rápidas y concretas, de manera ingenua. Muy «socráticamente», como a él le gustaba decir. Preguntaba a qué árabe habíamos visto hacer eso, o mejor, si nosotros lo habíamos hecho delante de un árabe. Su tono era en el fondo cínico. Cariñoso y paternal, sí, pero profundamente cínico. Si aun así insistíamos en que un amigo nos había contado la anécdota, aunque solo fuese por batallar un poco, mi padre nos obligaba a coger el teléfono y traer al amigo para que confirmase nuestra postura.

—Parece un poco...

—Mi padre tenía auténtica pasión por la verdad y no consentía que nadie, ni sus amigos, ni su familia más próxima se mostrara vago a la hora de hacer afirmaciones de este tipo, por pequeñas que fueran. Decía que las vaguedades, la dejadez y esa mentalidad de burócrata que da por sentadas ciertas opiniones ocasionaban la mayor parte de los desastres de nuestro tiempo.

—Si me permite que le dé mi opinión creo que traer a un amigo para desacreditar la opinión de un hijo me parece un poco excesivo.

—No me interesa su opinión. Continúe.

\* \* \*

«Eres una falsa», «Qué vergüenza», «No tienes dignidad» rezaban los rótulos del vídeo. La niña entre tanto lloraba en un destartado dormitorio a medio pintar y con los rodapiés levantados. Rebobinó el vídeo una vez más y trató de memorizar cada una de las palabras que le dedicaban: «Tú también tendrías que ir a la cárcel», «Te mereces lo que te está pasando». El teléfono había estado sonando durante toda la noche anterior, aunque ya no respondería: las quince últimas llamadas eran de anónimos que la insultaban y acto seguido colgaban. Se preguntaba cómo demonios había conseguido esa gente su teléfono y por qué insistían tanto. No quería desconectarlo por si acaso llamaba la madre de Raimundo o el abogado.

Desde que apareció por segunda vez en la televisión, el mundo se le había venido encima. Su nombre había sido incluso pronunciado por varias parlamentarias en las últimas sesiones del Congreso. Ella, que no había ido a votar tan siquiera una vez, era tema de conversación no sólo entre las vecinas y los tertulianos de todos programas del corazón del país, sino incluso entre diputados. El abogado le había dicho que no se preocupase, que las amenazas de muerte nunca llegaban a nada, que se trataba de ciudadanos completamente normales que

se dejaban llevar por la ira y que una vez dejara de ser noticia, los periodistas desaparecerían y todo volvería a la normalidad. La palabra “normalidad” fue la que hizo saltar todos sus mecanismos de defensa: “volver a la normalidad” suponía que existía un estado de tranquilidad y de sosiego anterior a esta situación que estaba viviendo, y Carlota sabía que lo único que había cambiado en todo este tiempo era que su vida junto a Raimundo había pasado de lo privado a lo público. Entretanto, el abogado le advirtió que era conveniente que siguiera acudiendo a los programas del corazón para dar su versión de los hechos y que no se preocupara demasiado por las reacciones. Estaba siendo azuzada contra los medios, contra Raimundo, contra su hija y contra sí misma. La semana pasada, justo después de salir del plató no pudo más y se derrumbó de camino a urgencias. Una crisis de ansiedad. Mucha gente en la sala de espera la reconoció, pero no dijeron nada aunque el mutismo por decoro no la libró de las miradas de sospecha. Por fortuna, esa noche su suegra estaba en casa para encargarse de la niña, así que no tuvo que preocuparse por ella. El doctor la examinó y le recetó pastillas para dormir aunque la invitó a hacer algunos cambios en su vida. También la había reconocido.

Estaba segura de que la mayoría de los mensajes que se enviaban al programa eran censurados y los que se mostraban por pantalla eran los más leves en contenido, sin embargo, nadie la libraba de las llamadas de teléfono a las tantas de la mañana, ni le quitaba de la cabeza la imagen de una familia vociferando su nombre ante el televisor. “Zorra”, “Tenía que haberte matado”, voces de hombres, voces de mujeres que la insultaban después de tratar de defender a su novio en un programa de televisión.

Paró la grabación, se echó la manta encima y fue a ver a la niña. La sentó en la mesa de la cocina y quiso prepararle algo de cenar, pero no encontró leche con qué preparar la papilla en toda la casa. “Si al menos comiera bien”, pensó. Dudó si debía bajar a hacer algunas compras.

Cuando se asomó a la ventana vio el revuelo de periodistas y furgonetas que había acampado en el portal del edificio, en mayor o menor número, desde hacía dos semanas. Devolvió a la niña a su habitación, salió de casa y llamó a la puerta de la vecina.

Tras unos instantes en los que sintió cómo el descansillo entero se quedaba en silencio, escuchó a la vecina arrastrar los pies detrás de la puerta blindada y cómo se asomaba con cautela por la mirilla sin decir nada. Ninguna respuesta. Tocó el timbre frenéticamente, no porque pensara que eso iba a amedrentar a su compañera de escalera, sino por hacerle notar la rabia y la impotencia que la invadía por no poder pedir un vaso de leche. Se dirigió de vuelta a su piso y observó de nuevo la diana que algún gamberro o algún vecino había pintado en la puerta de la calle. Acto seguido, echó el pestillo y siguió buscando por los cajones del piso hasta que encontró una lata de fruta en almíbar.

\* \* \*

—Ha mencionado antes que su padre era cariñoso, pero también cínico. ¿A qué se refería exactamente?

—Ya se lo he explicado. En ocasiones era muy estricto con nuestra educación.

—¿Está usted hablando de castigos físicos?

—No, no, yo no he insinuado eso. Mi padre era un ser pacífico. He dicho estricto en el sentido en que nos exigía a nosotros lo mismo que se exigía para él. Un comportamiento lúcido y ejemplar. Era, eso sí, riguroso.

—¿Nunca le dio un azote?

—Nunca.

—¿Y a su hermano?

—No.

—¿Y a su madre?

—Le acabo de decir que mi padre nunca nos maltrató físicamente.

¿Cuántas veces se lo tengo que repetir?

—Es necesario aclarar estos asuntos. Usted lo sabe, está acostumbrado. Hay que tener cierta cautela.

—No estoy acostumbrado a que insinúen que mi padre es un maltratador.

—Cambiemos de tema. Hábleme de la trayectoria de su padre como investigador. Tengo entendido que era una eminencia en su campo.

—En efecto. Sin embargo, él siempre nos recordaba que todo se lo debía a sus profesores. Durante los ochenta tuvo como colega a Robert Furchgott en la State University of New York Downstate Medical Center.

—¿Qué edad tenía por aquel entonces?

—Alrededor de cuarenta.

—Luego usted vivió en Nueva York una buena parte de su infancia.

—No. Mi madre y mis hermanos nos quedamos en España durante el tiempo que mi padre estuvo trabajando en Estados Unidos.

—Disculpe, voy a cambiar la cinta. Está a punto de acabarse.

—No hay ningún problema. ¿Puedo pedirle a mi mujer que nos sirva un café entre tanto?

—Por supuesto.

—¿Cómo lo quiere?

—Sólo. Sin azúcar, por favor.

—Un momento.

\* \* \*

—Sé que estás en un apuro, yo también veo la televisión ¿sabes? Pero creo que lo mejor que puedes hacer es alejarte del asunto de Raimundo por un tiempo. Si necesitas dinero, me lo dices y ya me buscaré la vida.

Carlota se había decidido de una vez contestar a una llamada

de teléfono.

—Estás haciendo el ridículo. Si quiero pasarme a tu casa, me siento acosado. El otro día se presentó un periodista en mi casa, ¡en mi casa!, a preguntarme qué relación tenía con Raimundo o contigo. ¡No te jode! Lo eché a patadas. Menudo hijo de puta, dijo que me llevaría a juicio. No quiero responsabilizarte de este tipo de cosas, pero tienes que entender que tú has montado este embrollo y ahora la mierda nos está salpicando a todos, Carlota.

—No sé...

—”No sé”, “no sé”. No parecías tan mosquita muerta por televisión. Bueno, en fin, dime... ¿Y te sueltan mucha gallina? No es que me interese, pero vamos, que por algo lo harás.

—Lo suficiente para tirar un tiempo. Pero muy justo para pagar al abogado —dijo.

—Anda, eso sí que es una novedad. Con la publicidad que le están dando a la historia, supuse que cualquier hijoputa se apuntaría al carro de gratis.

—Pues no.

—No me gusta vuestro abogado. Tiene pinta de canalla.

—Solo hablamos del tema del dinero. Dice que siga yendo a los programas, que eso es bueno. Que se hable del asunto por todas partes.

—No creo que sea para tanto. No sois tan importantes.

—Carlos, espera, están llamando a la puerta.

—Ve, anda.

—No cuelgues.

—No.

Carlota miró por la rejilla. Se trataba de la vecina. Dudó si debía abrir.

—¿Has visto la guarrería que te han hecho en la puerta? —exclamó la vecina nada más entrar en la casa.

—Sí, sí... —respondió Carlota, bajando la mirada. Recordó que la vecina a la que ahora invitaba a entrar en su hogar se había negado hace unos minutos a abrirle la puerta. Pensó que quizá esta era su manera de mostrar arrepentimiento.

—¿Qué tal va la peque?

—Teresa, ¿le importa si me espera un momento en el salón? Tengo a alguien en el teléfono y es importante.

—Claro, claro. Voy a ver a tu hija. Me parece que nos ha oído hablar y está llorando.

La chica volvió al teléfono.

—¿Quién era?

—La vecina.

—¿Por qué la dejas entrar?

—No sé...

—Otra vez con el no sé. Eres la hostia.

—Oye, te tengo que dejar.

—Eh, eh, espera. ¿Cuándo me puedo pasar? Quiero decir, ¿cuándo se irán los periodistas?

—No lo sé, espero que en unos días.

—Vas a volver a la televisión, ¿no?

—Sí.

—Te pagan bien, ¿eh? Di la verdad.

—Sí, no...

—¿Quieres que vaya ahora? A ver a Lucía y todo eso...

—No, estoy... Estamos bien.

—Y a follarte un poco.

—...

—Solo un poquito.

—Anda, no seas tonto, que está aquí la vecina.

—Me la follo a ella también. Verás que bien nos lo pasamos.

—Qué idiota eres, Carlos

—Al menos te he hecho reír. Tenme al tanto de cómo va todo, ¿vale?

—Sí, adiós.

—Adiós.

\* \* \*

—¿Visitaba usted a su padre con frecuencia?

—En realidad, era él el que venía a casa. Una o dos veces al año.

—¿Cómo lo encontraba en sus visitas?

—Como un padre que no ve a sus hijos después de varios meses.

—¿Qué opinaba su madre de todo el asunto?

—No le gustaba que mi padre estuviera tanto tiempo en el extranjero. No obstante, entendía que su profesión adolecía de estas contrapartidas.

—¿Cómo era la relación entre su padre y su madre?

—Cordial, sin más. Había ciertos momentos de tensión, como en todas las parejas. A veces me daba la impresión de que se trataba de colegas más que de amantes.

—¿Por qué pensaba eso?

—Apenas se dirigían palabras cariñosas. Se hablaban como compañeros de facultad, como simples conocidos. Nunca les vimos besarse en público, incluso cuando asistían a alguna celebración con los compañeros de trabajo de mi padre. Mi padre siempre exhortaba a mi madre para que fuese lo más discreta posible. Consideraba estas reuniones como un mal necesario pero indispensable para su carrera. Nosotros lo comprendíamos y obedecíamos.

—¿Asistían ustedes a esas comidas?

—No. Le molestaba el ruido y el alboroto que provocaban los otros críos y no quería que nosotros fuésemos como los demás. Contratada a una canguro y nos dejaba en casa.

\* \* \*

—¿Sólo tienes esto para dar de comer a la niña? —preguntó la vecina mirando la lata de fruta en almíbar.

Carlota no respondió.

—¿Carlota? ¿Cariño?

—Perdone, estoy un poco despistada. ¿Qué decía? La lata, ah sí... No, no he podido bajar a comprar nada. Los periodistas son un incordio, ¿sabe?

La vecina devolvió la niña a la cuna.

—No tendrá usted un poco de leche, ¿verdad? —aventuró.

La vecina dudó. Carlota trataba de averiguar hasta qué punto podía contar con la colaboración de la mujer.

—Ahora mismo voy a mirar —si dirigió hacia el pasillo pero se detuvo en la puerta —. Oye, Carlota, no me gusta meterme donde no me llaman. Y sabes que puedes contar conmigo para todo.

—Gracias, señora Teresa.

—Lo digo porque hay algunos vecinos que están molestos por la situación. Quieren saber cuándo va a acabar.

—No lo sé —dijo, mientras se derrumbaba sobre el sofá.

—¿De verdad le pegó? —lanzó repentinamente la vecina.

La pregunta la irritó sobremanera. Comprendió que la amabilidad de la vecina era una burda pátina para la curiosidad.

—Teresa, si le doy algún dinero, ¿me traería algo de comida para la niña? —contestó, al fin.

—Sí, claro, hija, para eso estamos.

Cuando estaba a punto de salir, Carlota la interrumpió.

—No, no le pegó. Al menos no como dicen en la tele. Habíamos discutido y estaba caliente, eso es todo. Yo me sé cómo es Raimundo. No aguanta a los metomentodo. Se calentó, estaba nervioso y le empujó. El hombre ya estaba mayor.

\* \* \*

—¿Y su hermano? Se dice que su padre no se habla con él.

—Mi hermano... Es una persona muy especial y con un carácter muy difícil. Mi padre y él siempre chocaban.

—Sin embargo, también es médico...

—Sí, y uno de los mejores, por cierto.

—¿Por qué no se hablaba con su padre?

—Ambos son testarudos. Y hay cierta envidia profesional.

—¿Cuánto tiempo llevaban sin hablarse?

—¿Todo esto se publicará en el reportaje?

—No, si usted me lo pide.

—Le pido que no lo publique.

—De acuerdo.

—...

—¿Mucho tiempo?

—Casi tres años. Una disputa estúpida, una Nochevieja. Tanto mi padre como mi hermano habían bebido más champán de la cuenta y comenzaron a discutir sobre opiniones médicas. Pronto las cosas se torcieron.

—¿Cuál era el problema?

—Mi padre acusaba a mi hermano de no poner todas sus energías para lanzar su carrera; y mi hermano... Bueno...

—¿Sí?

—Mi hermano se portó mal en esa ocasión.

—¿Qué le dijo a su padre?

—Que bebía y que nunca se había ocupado de nosotros.

—¿Y era cierto? ¿Usted también pensaba así? ¿Que se sentían abandonados?

—En absoluto. Siempre nos sentimos muy queridos. No miento si digo que hablo por toda mi familia, a pesar de lo que mi hermano

podiera decir.

—¿Tenía su padre problemas con el alcohol?

—Es cierto que mi padre bebía en sociedad, pero siempre dentro de la moderación.

—¿Nunca tuvo ningún percance con, digamos, sus colegas o con su familia?

—No, pero en casa sabíamos que no le hacía ningún bien. Sin embargo, eso es un asunto que ni a usted ni a sus lectores le incumbe, así que prefiero no seguir con ello.

—Una última pregunta. ¿Estaba su padre borracho cuando le golpeó Raimundo Sanz?

—No.

\* \* \*

—Quizá pegarle no fue una buena idea.

—Estábamos en el camping. Habíamos discutido, ya sabe, después de comer, como discuten todas las parejas... Por una tontería.

—Claro, claro —dijo la vecina, azorada, porque sabía de buena tinta que las peleas entre la pareja se escuchaban en toda la escalera—. Es normal, ¡sois tan jóvenes!

Carlota tomó aire. El debate acerca de lo ocurrido discurría cansinamente en la televisión. Aparecieron imágenes en directo de su barrio. Verificó con una mirada fugaz que había echado todas las cortinas y que había bajado todas las persianas. La vecina notó el nerviosismo de la joven.

—Deberíais pensar un poco más en vuestra hija. Sobre todo tú... Imagina qué dirá cuando se haga mayor.

—Mire, no me venga con monsergas, señora Teresa... —dijo Carlota, conteniendo la ira.

—Hija, yo no pretendía entrometerme.

—Ya tenemos bastantes problemas tratando de apartar a Lucía de todo esto. El otro día el abogado me pidió que saliera de casa a pasear con ella... Estoy tan harta...

—Si quieres puedo llevarla yo a pasear... Yo saco al perro por las tardes y no me importaría que se viniese al parque.

—No quiero causar más molestias. Usted tiene otros asuntos de qué ocuparse —reflexionó. Luego explotó —Y por otra parte ¡qué se ha creído! Esto a usted ni le va ni le viene.

—Somos vecinas, y las vecinas tienen que echarse una mano.

Carlota miró con desconfianza a Teresa. La última frase había sonado tremendamente hueca, como si la hubiera pronunciado un mal presentador.

\* \* \*

—Lo que no entiendo es por qué individuos como este tal Raimundo andan sueltos por el mundo. Deberían estar encerrados. ¿Sabe lo que le dijo a mi padre antes de golpearle hasta la muerte? ¿Sabe lo que le dijo? Que era una mierda. Eso no lo publican los medios. Que era una mierda. Publique eso, que lo sepan todos. Y ahora aparece el leguleyo de la novia, que más que una mujer se me asemeja a una alimaña y dice que hay atenuantes como para rebajar la condena. Permítame que se lo explique. Mi padre era una eminencia en su campo. Este individuo y su mujer ¿qué son? Él es un pobre chalado drogadicto al que un día se le cruzó mi padre, pero podría haber sido cualquier. Es un enfermo. Un cáncer. Es un tipo que merece acabar sus días en la cárcel.

—¿Qué opina de la novia?

—Siento pena por ella. ¿Nadie se da cuenta de lo que está haciendo? Se saca algunos euros de un programa a otro, y todo esto a costa de la muerte de mi padre y de la cárcel de su novio. Me repugnan las mujeres así. Sé lo que algunos pueden pensar, qué ella es en realidad una víctima

y que quizá no se merezca esto. Pero atiéndame un momento. La pregunta es: ¿nos merecemos acaso nosotros lo que nos está pasando? Ella aparece en televisión, todo el mundo habla de ella y cuando esto acabe ella tendrá un buen dinero y nosotros, nosotros...

—Si necesita que paremos...

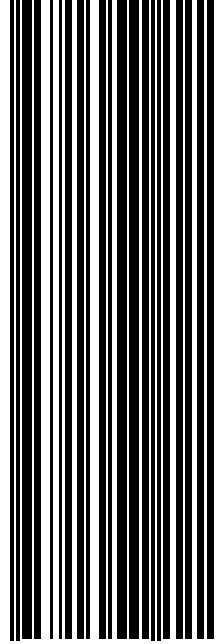
—Nosotros, ¿qué? Seguimos con nuestro padre muerto. Es absurdo.

\* \* \*

Carlota abrió con los dedos la cortina y comprobó que los periodistas seguían allí. Al menos había conseguido que su vecina la dejara en paz y accediera a traerle un sobre de papilla para la niña. Aprovechó para arreglar un poco la casa, pensó en planchar, barrer, acondicionar un poco el salón, con aspecto mohíno desde que comenzó todo el proceso. Recordó la voz de Carlos al otro lado del teléfono y se sonrió. Sonreír la confundió: hacía mucho tiempo que no sentía algo que se pareciera a la alegría en casa. También pensó en Raimundo y lo imaginó caminando entre los pasillos de la cárcel, con pies y manos atadas a cadenas y embutido en un mono de color naranja, aunque luego imaginó que esa imagen era más propia de los condenados a muerte de las películas americanas que de la cárcel real.

Se escuchó un revuelo en el portal, pero Carlota no le prestó mayor atención. Se acercó hasta la habitación de la cría y la tomó en brazos. No lograría dormirse con todo el ajetreo que había tenido durante el día. Sin dejarla por un instante, revisó algunos de los papeles que le había pasado el abogado en relación con sus apariciones en los medios, así como notas acerca del juicio en la que declararía como testigo. A pesar de todo, no se llegaba a sentirse del todo inocente. El revuelo en el exterior fue creciendo, así que se asomó a la ventana. Comprobó que los focos de algunas cámaras se dirigían hacia la altura del piso donde

ella vivía, los otros se arremolinaban en torno a una figura pequeña que se agitaba en el portal. Encendió el televisor con tanta celeridad y nervio que el mando se le cayó de las manos. En la pantalla salió la imagen de la vecina, charlando tranquilamente con los periodistas. El sonido del aparato estaba silenciado, pero los mensajes se sucedían. El rótulo del programa urgía una noticia bomba: declaraciones acerca de cómo vivían Carlota y su hija en el piso de los suburbios. No le faltó continuar. Carlota echó el pestillo de la puerta de la calle, hizo algunos arrumacos a su hija y finalmente la llevó a dormir a su cama.



La versión oficial

f

La mañana se ha vuelto insolentemente apretada y calurosa. El oficial Martínez se pasa la mano lentamente por debajo de la gorra para quitarse el sudor, mientras rebufa. El agente Solana conduce con gesto serio y atento. En la radio se escucha a dos locutores bromeando sobre el partido de Champions que perdió el Madrid la noche anterior.

—Solana, haga el favor de apagar la radio —ordena el oficial Martínez con voz grave.

El policía obedece al instante.

—¡Dios mío, qué calor! —exclama el oficial.

Solana calla.

El coche gira en la esquina de la estación metro de Islas Filipinas y se detiene frente a un portal de la calle Cea Bermúdez. Martínez apaga el motor y los dos policías salen del vehículo. Se dirigen al portal de un edificio y antes de que puedan llamar al telefonillo les abre el portero.

—¿Qué, han encontrado al chico? —pregunta nervioso el portero.

Ninguno de los dos policías responde y ambos se dirigen apresuradamente a la escalera. En el primer piso el oficial toca el hombro del agente Solana para que éste se detenga. El oficial respira fatigado, pero ninguno de los dos dice nada. Cuando Martínez recupera el aliento se sube levemente los pantalones e indica con la mano la escalera al segundo piso.

Llegan al fin al tercer piso y se detienen frente a la puerta C. Es de madera noble y tiene una argolla decorativa justo debajo de la mirilla. Por encima hay una plaquita dorada donde reza: “Señores de Zamarreño”. Guardan silencio un instante, mientras miran al suelo, justo antes de llamar.

Dentro de la casa se oyen pasos apresurados y el sonido de cerrojos que se descorren nerviosamente. La puerta parece vacilar un instante antes de abrirse, y una mujer en bata, con grandes ojeras, despeinada y con la tez pálida se asoma a los policías con gesto de interrogación.

—¿Señora Zamarreño? —pregunta el oficial con el tono casi ritual que engendra la experiencia.

—¿Qué le ha pasado a mi hijo? —pregunta la Sra. Zamarreño.

Al final del zaguán aparece un hombre delgado y con bigote que se acerca a su mujer y le pone una mano encima del hombro. Mira a los policías con la misma expresión que su esposa.

—¿Son ustedes los padres de Rogelio Zamarreño?

—Sí, ¿qué ha pasado? —contesta el padre inquieto.

—Lamentamos comunicarles que esta mañana hemos encontrado a su hijo en los servicios de la Facultad de Biológicas de la Universidad Complutense de Madrid. Estaba en uno de los urinarios y tenía una nota en el bolsillo, luego creemos que se trata de un suicidio.

Se produce un silencio. La madre mira al oficial con incredulidad. El padre se pasa la mano por la cara y murmura: “Este chico, este chico...” La madre suelta un grito. Se echa contra el pecho de su marido. Éste le toma la cabeza entre los brazos y la estrecha con fuerza, tratando asimismo de contener el llanto.

—Como se trata de una muerte no natural, es necesario que se personen en el tanatorio para los correspondientes trámites. Por supuesto cuando se encuentren ustedes en condiciones.

La madre parece no escuchar y barrunta una explicación a lo ocurrido. El señor Zamarreño no habla.

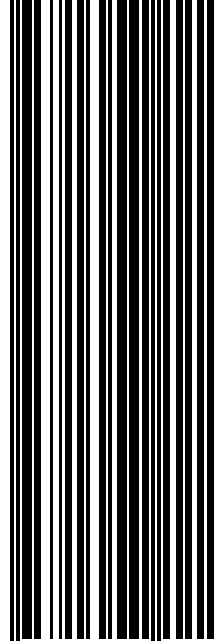
—De verdad que lo siento.

Solana observa con gravedad al matrimonio. No dice nada.

—Gracias agente —contesta el padre, sin dejar de abrazar a su esposa.

—Ánimo —dice Solana, que se salta por segunda vez el protocolo.

La puerta se cierra y los dos policías bajan al vestíbulo. Esta vez el portero los ve pasar y no pregunta nada. Abre el periódico y chasquea la lengua.



La clase de piano



Un salón de corte clásico inglés. Un sillón con brazos en el centro, una mesa de cedro a un lateral, que sirve de mueble bar. Por detrás del sillón hay una ventana amplia desde la cual los personajes mirarán a la calle.

En la derecha del escenario hay una puerta que conduce a la habitación del NIÑO. A su lado una escalera que conduce al piso superior, donde está el baño. A la izquierda se encuentra la puerta que da al recibidor y a la calle. Hay un voluminosa pila de periódicos junto a la puerta de la habitación del NIÑO. La escena comienza con el MARIDO sentado en el centro de la escena, fumando una pipa y leyendo un periódico, mientras la MUJER va entrando y saliendo de la habitación y cargando periódicos antiguos, que amontona en la pila inicial. Una vez que termine de sacar todos los periódicos de la habitación, los transportará al recibidor.

Es por la tarde.

La MUJER se detiene en la puerta de la habitación del NIÑO. Se duele de la espalda. Mira a través de la ventana, suspicazmente. Continúa cargando periódicos sin dejar de prestar atención a algo que le ha llamado la atención en la calle. El MARIDO continúa su lectura, indiferente.

MUJER    ¿Cariño?

MARIDO    ¿Sí?

MUJER    ¿Sabes tú quién es aquel joven que está sentado en el parque?

(La MUJER deja una pila de periódicos y se acerca a la ventana)

MARIDO    (Indiferente) ¿Mmm?

MUJER    Aquél, aquél de allí.

(El MARIDO se gira levemente, alza la cabeza por encima del sillón y vuelve al periódico).

MARIDO No sé quién es. No me interesa la gente de este barrio.  
 MUJER Pues yo me he estado fijando, ¿sabes? Porque yo me fijo mucho, aunque no lo parezca. Y ese chico tiene un aire raro. Todas las tardes viene al parque se sienta y mira a los niños.  
 MARIDO Déjalo estar. No será nada.  
 MUJER Claro...

(La MUJER duda un momento. Luego abre la ventana y se asoma. Mantiene una conversación con la vecina, a quien no se escucha en toda la pieza)

MUJER ¡Buenas tardes, Dolores! ¡Qué grandes tienes los geranios! (Pausa). Muchas gracias... Pero es cosa mía, porque aquí el amigo (Se gira y señala al MARIDO)... A él le da igual... ¡Qué le vamos a hacer! (Cierra la ventana. Continúa cargando periódicos de un lado a otro)  
 MUJER ¿Has visto el nuevo coche que se ha comprado Dolores?  
 MARIDO No.  
 MUJER Les habrá costado una fortuna. Y el anterior no era tan viejo. (Pausa) A lo mejor es hora de que pensemos en cambiar de coche.  
 MARIDO No veo por qué.  
 MUJER Por si consigo trabajo.  
 MARIDO No vamos a comprar un nuevo coche porque el vecino tenga uno nuevo.  
 MUJER Y si trabajo, tendré que ir de alguna manera...  
 MARIDO Consigue primero el trabajo, luego hablamos.  
 MUJER ¿No piensas que sería capaz de encontrar un trabajo?

(El MARIDO no responde. Pasa páginas de su periódico. La MUJER continúa con su labor. El NIÑO llama varias veces a la puerta, impacientemente. La MUJER acude a abrir. Entra el NIÑO, como un rayo, agitándose la camiseta arriba abajo, dejando ver el abdomen desnudo)

MUJER Carlitos, ¡te he dicho cientos de veces que no hagas eso!  
 NIÑO Pero mamá, ¡es que tengo mucho calor!  
 MUJER ¿Qué formas son ésas de llamar?

(El NIÑO la ignora y salta sobre las rodillas de su padre, que muestra cierto desagrado por haber sido interrumpido en su lectura)

NIÑO ¡Dame un beso, papá!  
 MARIDO (Le da un beso) Cariño... Por favor...  
 MUJER Vamos, que hay que bañarte antes de que venga David.  
 NIÑO Me bañas tú, papá.  
 MUJER (Irónica) Ahora está muy ocupado, cariño.  
 MARIDO Papá está cansado. Luego juega contigo.  
 NIÑO Pero es que así, pero es que así...  
 MUJER Carlitos, no molestes más.  
 NIÑO Pero es que luego viene David, y tenemos la clase de piano y no tenemos tiempo y así mamá puede preparar la cena y tú puedes bañarme y luego puedo ir a la clase de piano...

(El MARIDO y la MUJER se miran)

MARIDO (A la MUJER) Acabo de encender la pipa...  
 NIÑO Da igual, yo quiero que me bañes túuuu...

(El MARIDO resopla y deja al NIÑO en el suelo)

MUJER ¿No ves todo el trabajo que tengo que hacer?  
 MARIDO (Se levanta y toma al NIÑO de la mano) Si no te pasaras todo el día hablando con la vecina, tendrías más tiempo para tus obligaciones.  
 MUJER O sea, que piensas que no hago nada en todo el día. Eres un listo tú.  
 NIÑO Papá, vamos...  
 MARIDO Sólo te digo que si te organizaras mejor...  
 MUJER ¡Sólo tienes que bañar al niño! ¿O es mucho para el señorito?  
 MARIDO No estoy para tus tonterías. (A el NIÑO) Vamos. (Hace mutis con el NIÑO por las escaleras).  
 MUJER (Elevando la voz) Gracias.  
 MARIDO (Desde fuera) Eres igualita a tu madre.

(La MUJER, agotada, se echa sobre el sillón un momento, cabecea un poco. Luego retoma el trabajo de los periódicos. Se escucha un estrépito en la parte de arriba.)

MARIDO (Desde fuera) ¿Te vas a estar quieto?  
 MUJER ¿Va todo bien?  
 (Se acerca a las escaleras por la que han subido. Silencio)  
 MUJER ¿Va todo bien? ¿Necesitáis una mano?  
 MARIDO (Desde fuera) Igualitos los tres.

(Silencio)

(La MUJER pasea por la habitación y mira a través de la ventana. Baján el MARIDO y el NIÑO. El NIÑO tiene el pelo mojado y viste un pijama. Trae consigo un estuche con pinturas y varios folios que tira en el suelo. Dibuja mientras el padre vuelve al sillón y al periódico.)

MUJER Ese joven viene cada tarde al parque.  
 MARIDO Ya.  
 MUJER Siempre está solo.  
 MARIDO (Cambiando de tema) ¿Has preparado la cena?

(Silencio)

MARIDO No es mucho lo que te pido.  
 MUJER ¿Qué pasa?  
 MARIDO No te pido gran cosa, solo que cumplas con tus obligaciones.  
 MUJER (Siguiendo prestando más atención a la ventana). Podría ser un perverso.  
 MARIDO (Arrugando el periódico) ¡Escúchame cuando te hablo!  
 MUJER (Al MARIDO) A mí no me hables así.  
 MARIDO Bah. (Pausa) ¿Qué hora es? ¿Cuándo va a llegar el profesor de Carlitos? ¿No se estará retrasando otra vez? Joder.  
 MUJER Tranquilízate ¿quieres? (Cambio) No he tenido tiempo.  
 MARIDO (Impostando la voz) Lo que tú digas, cariño.

(La MUJER vuelve a la ventana)

MUJER A mí me tiene preocupada. Podría molestar al niño. He leído en el periódico que hay gente que fotografía a niños en los parques y luego vende las fotos por Internet.  
 MARIDO Eso son tonterías. No hay nadie que haga eso.

(La MUJER rebusca obsesivamente en los periódicos hasta que encuentra uno)

- MUJER Crees que me lo invento. ¡Mira! Una red por toda Europa. Raptan niños y los drogan.
- MARIDO ¿Qué quieres demostrar con eso? Este es un barrio demasiado aburrido. Nunca hemos tenido ningún problema. Por eso nos cambiamos de casa, ¿recuerdas la de veces que hablamos de ello?
- MUJER ¡Precisamente! ¡Precisamente porque este un barrio tranquilo, la gente es más confiada!
- MARIDO Nadie va a raptar a nadie aquí.
- MUJER Pero mira al tipo ese. No es de aquí, seguro.
- MARIDO (Se levanta del sillón y se acerca a la ventana). ¿Dónde?
- MUJER Allí, en el banco junto al columpio.
- MARIDO Es casi un chaval.

(La MUJER busca entre las páginas del periódico y lee.)

- MUJER (Lee.) Doctores. Profesores. Adolescentes. Todos ellos formaban parte de esta red.
- MARIDO No seamos alarmistas. Ese “tipo” es un crío. Seguramente venga aquí a fumarse un cigarrillo y a hacer pellas.
- MUJER O quizá se fume un porro.
- MARIDO O quizá sea un porro.
- MUJER O sea, que te sientes más seguro si tu hijo juega al lado de un drogadicto que de un pederasta.
- NIÑO ¿Qué es un pederasta, mamá?
- MUJER Nadie, hijo.
- MARIDO Por Dios. Todo el mundo ha fumado porros en un parque. Incluso tú y yo.
- NIÑO Papá, papá y qué es un porro.
- MUJER Sí, claro que fumábamos. Tú los comprabas, ¿como para no acordarme!

- MARIDO Pues entonces ¿cuál es el problema?
- NIÑO ¿Tú le comprabas porros a mamá?
- MUJER Carlitos, a tu habitación.
- NIÑO Pero mamá, ¿qué comprabais en el parque?
- MUJER ¡A tu cuarto! ¿No ves que estamos hablando los mayores?

(El NIÑO sale sin recoger las pinturas y sollozando)

- MUJER Nosotros teníamos la edad. Y eran otros tiempos.
- MARIDO ¿Y qué más da? Ahora todo empieza antes. Los niños, los jóvenes... No me marees con tus delirios como hacías en el antiguo barrio.

(Silencio. El MARIDO se sienta en su sillón. Ceba una pipa y se dispone a fumarla)

- MUJER Así que no te importaría que Carlitos fumase porros.
- MARIDO Claro que me importaría, pero es inevitable. Si lo quiere hacer que lo haga. Para eso estamos nosotros, para educarle y que pueda decidir por sí mismo.
- MUJER Dirás que para eso estoy yo, porque a ti no te ve el pelo.
- MARIDO No estoy para tus idioteces, así que para de una vez.
- MUJER (Encarándose) ¿Y qué piensas hacer?
- MARIDO (Se levanta violentamente). Cállate de una vez. Calla y no me provoques.
- MUJER ¿Me estás amenazando?

(El MARIDO hace mutis)

- MUJER Ya preparo yo la cena, gracias.

(Mira por la ventana una última vez. David, el PROFESOR, aparece, aunque no se le ve por el momento en escena. La MUJER abre la ventana y hace ademán de saludarle, pero David realiza algo que hace que la MUJER se contenga. Tras unos momentos en los que duda, cierra la ventana y echa la cortina. Está nerviosa. Lllaman a la puerta. Entra David, el PROFESOR.)

PROFESOR ¿Qué tal? ¿Cómo va todo?

(La MUJER retrocede. El PROFESOR se acerca y le da dos besos.)

MUJER Bien, bien...

PROFESOR ¿Empiezo ya o estáis liados?

MUJER No, no. Está en su cuarto pintarrajeando unos papeles.

PROFESOR Entonces voy a decirle hola.

MUJER No, no, no te preocupes, ya lo traigo yo.

(Entran el MARIDO y el NIÑO.)

PROFESOR Mira quién está aquí.

MARIDO David...

(El NIÑO corre hacia el Profesor, el PROFESOR lo besa. El MARIDO y el PROFESOR se estrechan la mano.)

PROFESOR Ya, ale, ale (el NIÑO no quiere soltar al PROFESOR).

Venga, que tenemos que empezar. (Al MARIDO) Le decía a tu mujer que si os he cogido en mal momento, puedo venir más tarde...

MARIDO No te preocupes... ¿Te está esperando alguien?

PROFESOR Sí, pero no importa.

NIÑO Vamos, vamos

(el NIÑO arrastra al PROFESOR hasta la habitación)

PROFESOR ¡Luego hablamos!

(El PROFESOR y el NIÑO hacen mutis, quedan el MARIDO y la MUJER.)

MARIDO Me voy afuera.

MUJER Espera...

MARIDO ¿Qué?

MUJER No has visto.

MARIDO ¿Qué?

MUJER David.

MARIDO ¿Qué pasa con él?

MUJER ¿No has notado nada raro?

MARIDO ¿Por qué iba a notar nada raro?

MUJER No sé. ¿No te parecía extraño?

MARIDO Ya estás otra vez.

MUJER ¡Espera!

MARIDO ¿Qué?

MUJER No te parece... ¿Cambiado?

MARIDO No, me parece igual.

MUJER Yo creo que no está igual.

MARIDO Sí, lo está. ¿A qué viene todo esto?

MUJER Es igual, son cosas mías, no tiene importancia.

(Silencio. Suena el piano en la otra habitación. Ha comenzado la clase. El MARIDO no sabe si largarse o preguntarle a su MUJER)

MARIDO ¿Me lo vas a decir o no?

MUJER ¿El qué?

MARIDO ¿Qué pasa con David?

MUJER No es nada, solo cosas mías. (Mira hacia la ventana)

MARIDO ¿Qué pasa ahí fuera? ¿Tiene que ver con el chico ese? (Se acerca a la ventana, la MUJER no responde, pero gesticula) ¿Sí? ¿Qué?

- MUJER ¡Ay!
- MARIDO ¿Ha hecho algo? ¿Le ha dicho ese tipo algo a David?  
¿Quieres hablar de una vez?
- MUJER Si no es nada. Pero no... No le ha dicho nada.
- MARIDO Entonces... (Irritado) ¿Qué pasa, joder, es que quieres volverme loco?
- MUJER Pues que David y ese chico...
- MARIDO (Mira por la ventana) ¿Qué? (Incrédulo) ¡No me jodas!  
¿David? No. ¡Cómo va...!
- MUJER Parece que sí. Ya se lo notaba yo.

(El MARIDO está nervioso. Pasea por el salón. Se da cuenta de que su hijo está tomando clases con él.)

- MUJER No cambia las cosas.
- MARIDO ¿Cómo que no? Podía habérselo dicho.
- MUJER ¡Vaya!
- MARIDO ¿Qué?
- MUJER Nada.
- MARIDO Ah, no. No pensarás que yo tengo algo en contra...
- MUJER No digo eso.
- MARIDO No tengo nada en contra, lo sabes. Tengo montones de amigos, incluso mi primo... Ya lo conoces. Vive desde hace mucho tiempo con su pareja. Incluso piensan casarse. Pero estaría más tranquilo o, mejor dicho, me sería más indiferente si no fuera... ¿A ti te parece bien?
- MUJER No lo sé. Me ha sorprendido tanto como a ti.
- MARIDO Entonces, ¿qué piensas?
- MUJER No me desagrada, pero me inquieta. No quiero problemas.
- MARIDO Eso es. Yo tampoco quiero problemas. No estoy diciendo que vaya a provocarlos.

- MUJER No, no, no es eso. ¿Deberíamos hablar con él?
- MARIDO No lo sé. No lo sé. Deberías hacerlo tú.
- MUJER ¿Por qué?
- MARIDO Va a resultar muy violento. Pensará que soy un anticuado o un reaccionario.
- MUJER Pero no lo eres.
- MARIDO Sólo me preocupo por la educación de mi hijo.
- MUJER Sí, eso es.
- MARIDO Aunque suena muy forzado. Lo mejor será no decir nada.
- MUJER Ya.
- MARIDO Esto no cambia las cosas. Carlitos puede seguir tomando sus clases.
- MUJER Y el novio esperando. Podemos invitarlos a que vengan a cenar un día.
- MARIDO Sí, es una buena idea. Sí, sí. Es una magnífica idea.
- MUJER Así no tiene que esperar allí sentado. Podría entretener al crío mientras llega David.
- MARIDO No daría pie a las murmuraciones de la gente.
- MUJER Sí, sí. No tienen por qué esconderse. Es natural. Aunque nos sea raro nos tendremos que acostumbrar.

(Se escucha un estrépito y el piano deja de sonar. Se escucha los gritos del NIÑO, que llora. Los padres se miran y luego se dirigen apresurados a la puerta de la habitación. Antes de que lleguen, se abre y sale el NIÑO llorando, a abrazarse a su madre. El padre aprieta los puños. Sale el PROFESOR, lamentándose los dedos.)

- PROFESOR ¿No tendrás algo de hielo?
- MARIDO ¿Qué ha pasado?
- PROFESOR Que se ha caído la tapa del piano y me he pillado los dedos.
- MUJER (Al NIÑO) ¿Estás bien, tesoro?

PROFESOR (Que no se ha dado cuenta de que la MUJER se dirigía a su hijo) Sí... A él no le ha pasado nada, pero a mí me ha caído sobre la mano...

(El MARIDO y la MUJER no saben muy bien que hacer, así que se quedan inmóviles. El PROFESOR los mira. Hay mucha tensión, aunque el PROFESOR no se da percatada de ello.)

PROFESOR Entonces...

MARIDO Entonces...

PROFESOR ¿Me puedo aplicar un poco de hielo?

MUJER Sí, sí, espera un momento. (Al MARIDO) Puedes encargarte de Carlitos...

MARIDO Sí, por supuesto (Acude al niño y lo abraza).

(Sale la MUJER.)

PROFESOR Le tengo dicho que no juegue con la tapa... Creo que se ha asustado más por el ruido... (Al niño) ¿Estás bien?

NIÑO Sí... (Se acurruca junto a su padre)

PROFESOR Bien.

(Entra la MUJER con hielo. Se lo da al PROFESOR)

PROFESOR Solo será un momentito y enseguida continuamos.

MARIDO Oh, no es necesario.

MUJER Si te has hecho daño...

PROFESOR No importa, podemos seguir. ¿Seguimos, Carlitos?

NIÑO Vale. (El NIÑO se dirige a la habitación).

PROFESOR Vamos.

MARIDO Espera, no es necesario.

MUJER Descansa, te pagaremos igual.

PROFESOR Ya me pagasteis a principios de mes. Además, apenas habíamos comenzado.

MUJER Pero después del golpe que te has llevado.

MARIDO Sí, no queremos que te lastimes.

PROFESOR Pero...

MARIDO Además, hoy estamos un poco cansados.

MUJER A mi marido le duele la cabeza.

PROFESOR Como quieran... Voy a por mis cosas.

MUJER Ya voy yo, no te preocupes.

(Entra a la habitación del niño)

PROFESOR Me sabe un poco mal.

(Salen la MUJER y el NIÑO, con las cosas. Se las entregan.)

NIÑO Adiós.

PROFESOR Pórtate bien, trasto (Le acaricia le pelo. Los padres se miran). Pues nada, hasta la semana que viene.

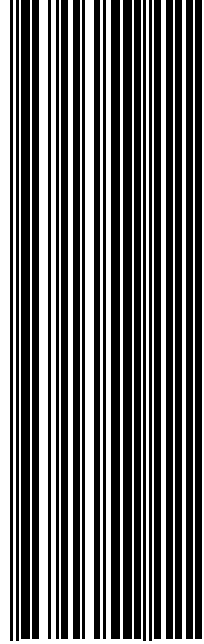
MUJER Adiós (Le acompaña hasta la puerta)

(Sale. Los padres se van al centro de la escena, no dejan de mirarse, sin decir nada. Por detrás, el NIÑO abre las cortinas, después la ventana, sin que los padres se den cuenta.)

NIÑO ¡Adiós, David!

MARIDO y MUJER ¡Carlitos! ¡Cierra la ventana!

Telón



El vestido verde

Esa misma mañana había visto un vestido verde en la tienda y me encapriché de él. Esperé a la hora de la cena para pedírselo a Juan, él bajó el periódico sorprendido y me miró arrugando el entrecejo. En los cinco años que llevamos juntos nunca le pedido nada, ni siquiera por nuestro aniversario.

—Te lo regalo por tu cumpleaños —dijo.

Me senté a su lado y encendí el televisor. Él me siguió con la mirada.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó.

—Voy a ir preparando la cena—dije—. ¿Quieres cenar?

—¿Estás enfadada?

Le acaricié la cara y negué con la cabeza. Cuando entré en la cocina le oí alzar la voz.

—Mañana damos un paseo y lo compramos, ¿te parece?

—Lo que tú quieras, cariño.

Abrí el frigorífico, saqué una lechuga y comencé a picarla. El pequeño apareció, se abrazó a mi pierna y me dijo que tenía hambre. Lo tomé en brazos y lo senté en la encimera. Trató de tomarme de la mano pero tuve miedo de que se cortara con el cuchillo, así que lo bajé y le dije que fuera a jugar un rato, que ya le llamaría para cenar. Se enfurruñó y cruzó los bracitos sin moverse.

—¿Puedes ocuparte del crío, Juan? —.

No respondió.

Lo tomé de nuevo en brazos y lo llevé al salón, donde Juan seguía leyendo el periódico.

—Juega con papá, cariño.

Juan, fastidiado, dejó el periódico y alzó al niño sobre sus rodillas.

—Ya has venido a molestar a papá un rato ¿eh? Ale, deja que mamá prepare la comida.

Regresé a la cocina, terminé de preparar la ensalada y comencé a

rebozar la merluza. Al rato vino Juan y preguntó si la cena ya estaba preparada. Le dije que no, así que se apoyó en la mesa de la cocina, encendió el televisor y pellizcó la barra de pan mientras me observaba.

—No picotees antes de la cena. Enseguida estará preparada.

—Qué guapa estás.

Sonreí y puse la sartén en el fuego.

—Merluza —dije sin mirarle. Como no contestaba me giré y reparé en que estaba absorto en el televisor. Eché los filetes sobre el aceite, pero estaba demasiado caliente y unas cuantas gotas me salpicaron el dorso de la mano. Bajé el fuego. Se escuchó un estrépito en el salón. Juan se levantó alarmado y fue corriendo. Retiré la sartén, metí la mano bajo el grifo y grité que qué había pasado. Juan trajo al niño hecho unos zorros: lloraba y se le caía la baba. No pude evitar sonreírme al verlos juntos.

—Ha roto la figurita de cristal que nos regaló mi madre. Mira, se ha cortado.

Examiné la herida y comprobé que no era muy profunda. Le dije a Juan que se la curara y que lo bañara mientras yo terminaba de preparar la cena. Cuando la merluza estuvo lista la dejé reposar sobre un plato cubierto con papel absorbente. Preparé la mesa para tres y después tomé el cepillo de barrer y el recogedor y limpié el desastre que había provocado el pequeño. La figurita de cristal de bohemia que la madre de Juan nos había traído de Austria. Todas las semanas nos visitaba, sin duda se daría cuenta de que la figurita había desaparecido pero, como siempre, no diría nada. Aparecía todos los viernes. Nunca protestaba por la comida o por la suciedad pero miraba de soslayo los rincones y los techos, y torcía la boca. Una vez la descubrí pasando el dedo por encima del mueble donde estaba la figurita de cristal, no dije nada. Supongo que había esperado algo más de la mujer de su hijo. Sabía que me acusaba de haber echado a perder la carrera de Juan. Eran todos militares. Juan jamás me comentó nada acerca de

ello, así que supongo que él no estaba interesado en llegar a coronel, y casarse conmigo era la excusa perfecta para librarse de ese destino.

Me acerqué al baño. Juan le hacía cucamonas al crío al tiempo que le frotaba la cabeza con una toalla. El niño parecía haber olvidado la trastada y ahora reía las tonterías de su padre. Le puso los calzoncillos, con la palma de la mano le vertió un poco de Nenuco sobre la cabeza y luego le puso el pijama. Lo aupó sobre el costado y me siguieron a la cocina. El niño no quiso comer la merluza, y como yo estaba cansada, saqué un potito de la despensa y lo calenté en el microondas. En cuanto terminó de cenar, empezó a bailar por toda la cocina hasta que terminó tirando el recogedor donde estaban los restos de la figurita de cristal. Le grité y se detuvo de inmediato para echarse a llorar. Sin terminar mi cena, le agarré del brazo y lo arrastré a la cama.

—¡A dormir! —reconozco que no fue buena idea gritarle así, pero me había sacado de quicio. Con todo, no se le volvió a oír durante el resto de la noche.

—¿Has visto lo que ha pasado? —Juan me señaló la televisión, donde un hombre con barba, quizá árabe, se agitaba y señalaba enfurecido a la cámara—. Ha amenazado con bombardear un país de Europa.

Recogí nuevamente los trozos de cristal y los deposité en el cubo de la basura, sin prestar mucha atención a lo que me contaba.

—Es increíble —dijo Juan masticando las últimas migajas de la merluza.

La mañana siguiente me desperté bastante tarde y Juan aún estaba a mi lado, dándome la espalda. Minutos antes había sentido el despertador, así que supuse que Juan se levantaría para ir a trabajar como todos los días. Me preocupó que no se hubiera levantado aún.

—¿Te encuentras bien?

Juan se dejó caer sobre la espalda y se dio unos golpecitos secos en el pecho. Me asusté de veras porque estaba pálido y tenía el rostro desencajado. Temí que se tratara de un infarto. Juan apenas fumaba y no llevaba una mala alimentación Siempre ha sido demasiado... «especialito» con las comidas. No hacía mucho deporte ahora, pero cuando nos casamos era jugador semi-profesional de fútbol sala. A pesar de todo, su hermano había sufrido un infarto no hacía más de un año y su padre había muerto de una angina de pecho justo después de casarnos. Llamé a una ambulancia. Incorporé a Juan sobre las almohadas y empezó a toser violentamente. No sabía qué hacer.

—He llamado a una ambulancia —le dije, mientras él me apartaba con una mano.

Él asintió, sin dejar de toser. Observé que tras cada tos le temblaban las manos.

—¿Tienes ganas de vomitar? —no sabía que hacer.

Me asomé a la ventana pero no vi a la ambulancia. El cielo era plomizo. Un coche dio un frenazo delante de un paso de cebra y una señora mayor recriminó al conductor, que bajó la ventanilla y agitó el brazo en señal de desprecio. Juan trató de levantarse de la cama pero le sobrevino otro ataque de tos. Lo tomé por los hombros y le dije que reposara sobre las almohadas hasta que viniera la ambulancia. El pequeño se despertó y vino hasta nuestra cama, vestido con su pijama de elefantes y restregándose los ojos soñolientos. No se dio cuenta de nada.

Juan se giró hacia él, lo miró con los párpados hinchados y llenos de venitas, y luego me miró a mí, desesperado.

—Vamos, que hay que ir al cole —le dije con el tono de voz más suave que pude conseguir. Él sospechó y mientras nos dirigíamos a su habitación trataba de volverse hacia papá, aunque no le dejé regresar.

—Papá está malito y no va a ir a trabajar —dije.

—Yo también estoy malito.

—Tú no estás malito. Tú estás buenecito y tienes que ir al cole para aprender muchas cosas.

—Pero, pero yo me quedo aquí para cuidar a papá.

—Para eso ya me quedo yo.

—Pero, pero tú tienes que preparar la comida ‘y’ ir a comprar y barrer la casa y todo eso.

Levanté la cara hacia el techo y suspiré.

—Vas a ir al cole y punto, ¿me has entendido, enano?

Guardó silencio y se dejó vestir. Metí los lapiceros y los libros en la cartera y le pregunté.

—¿Hiciste los deberes ayer?

No respondió.

—¿No te ayudó papá?

Permaneció callado.

—No soy un enano, mamá.

—Claro que no, mi amor —oí a Juan toser en la habitación—. Ahora vas a desayunar y nos vamos al cole, ¿vale? —lo aupé y lo llevé apresuradamente a la cocina para que no oyera toser a su padre. Puse a calentar leche sobre el hornillo y peiné con los dedos al pequeño.

—¿Qué quieres, galletas?

Él asintió con la cabeza.

En ese momento llamaron a la puerta. Abrí.

—¿Dónde está? —preguntó uno de los Sámur.

Llevaba unos guantes de látex azules y un laparoscopio alrededor de cuello. Los conduje a la habitación. Juan se había vuelto a echar en la cama y respiraba con dificultad. Lo estuvieron auscultando por debajo del pijama y luego le tomaron el pulso y la tensión. Uno de los Sámur le hizo una seña al otro, que bajó apresuradamente a la calle. En ese momento recordé la leche y corrí a la cocina. La leche había empezado a hervir y la espuma borboteaba sobre los bordes del

cacharro. Apagué el fuego, retiré la espuma con una cuchara y serví la leche en un vaso.

—¡Quema! —dijo el pequeño al primer sorbo.

—Sopla y coge del filito—le respondí mientras le daba la cuchara.

Dos jóvenes del Sámur giraron una camilla en la puerta.

—¿Es grave? —pregunté.

Al principio no respondieron, así que les seguí hasta la habitación. Allí acomodaron a Juan, que se movía pesadamente, sobre la camilla.

—Puede tratarse de un infarto. ¿Quiere acompañarnos en la ambulancia?

Dudé. Se estaba haciendo tarde y el niño tenía que ir a la escuela. Pensé en dejárselo a la vecina, pero cuando llamé a la puerta nadie contestó aunque sentí que alguien me observaba a través de la mirilla.

—Después iré, tengo que llevar al niño a la escuela.

El Sámur del laparoscopio me observó de arriba abajo y después me explicó que lo llevarían al hospital de la ciudad para realizarle algunas pruebas. Cuando Juan pasó por mi lado alzó torpemente la mano e intentó consolarme murmurando algo que no alcancé a oír.

El coche estaba frío y no arrancó a la primera. Como me encontraba inquieta y se me hacía tarde no abroché al niño a su sillita, así que le dejé dos muñecos que llevaba en el bolso y le pedí que jugara con ellos mientras íbamos de camino al colegio. Empecé a pensar en cómo iba a apañármelas ese día, porque el niño saldría a las dos de la tarde y yo tendría que ir al hospital y rezar por que lo de Juan no fuese grave. De repente, un coche se me cruzó y frené bruscamente. El pequeño dio un respingo y se golpeó la cabeza contra el asiento. Eché una mirada hacia atrás y comprobé que se acariciaba la cabeza

contrariado. Levanté la vista y me di cuenta de que me había saltado el mismo «stop» en el que paraba todos los días. El conductor del coche que casi arrollo se giró hacia mí con un gesto horrorizado. Bajó la ventanilla con brusquedad y comenzó a increparme, aunque yo no podía oír sus maldiciones desde mi asiento. Yo sólo levantaba la mano en señal de perdón y trataba de que entrara la marcha atrás, sin siquiera dirigirme a él. Luego me di cuenta de que no era necesario dar marcha atrás, porque él continuó conduciendo, gruñendo y protestando; aun así forcé la marcha hasta que la caja de cambios cedió y fue entonces cuando sentí que el conductor del coche que venía detrás de mí aporreaba el claxon y hacía aspavientos detrás de la luna. Cambié a primera, di el intermitente y estacioné el coche en una calle cercana, pues el colegio no estaba muy lejos. El pequeño empezó a remolonear, pues con el trajín del incidente había perdido uno de sus muñecos, pero yo estaba demasiado nerviosa como para ser amable, así que le agarré del brazo y le arrastré calle abajo sin decir una sola palabra. El colegio había cerrado la puerta principal, así que tuvimos que pasar por la secretaría. El conserje me advirtió que no volviera a llevar al niño tarde, porque ahora él tenía que subirlo a clase y esa no era su labor. Quise explicarle lo ocurrido pero sólo pude disculparme y prometerle que no volvería a pasar.

—No sabemos de qué puede tratarse, así que hemos decidido que se quede en observación mientras efectuamos algunas pruebas —me comentó el doctor.

—¿Puedo pasar a verle?

—Para eso tendrá que hablar con la enfermera —se perdió por el pasillo.

En el mostrador de la planta no había nadie, así que esperé quince minutos hasta que apareció un celador empujando una cama con un viejo que deliraba. Le pregunté acerca de mi marido.

—Pregunte a alguna enfermera —me respondió sin detenerse.

Recorrí varias habitaciones y pasillos de la planta. Los enfermos desayunaban en sus bandejas de plástico o se ponían esos camisones gigantes que siempre dejan la espalda al aire y huelen a rancio. Otros simplemente dormían o veían la televisión conectados a una máquina que parecía hacer burbujas. Llegué a la puerta que daba acceso a la UVI. Una enfermera joven salió apresuradamente haciendo resonar los zuecos contra el suelo de mármol. La detuve y le pregunté por mi marido.

—Sí, ha ingresado ahora. Pero no puede entrar a verlo hasta la una y media.

—Acaban de ingresarlo —me sentí estúpida al decir esto— y no he podido acompañarlo, porque tenía que llevar a nuestro hijo a la escuela.

—Lo siento mucho, pero son las normas del hospital. Tendrá que esperar.

Deambulé durante varios minutos hasta que encontré la sala de espera. Me senté allí a descansar un rato. Alguien había impreso a ordenador una hoja con un monigote de formas retorcidas, con la cabeza ovalada y sin ojos que fumaba un gran cigarrillo. Sobre el monigote habían pintado irregularmente un círculo de prohibición y debajo habían escrito a mano con letra minuciosa y paciente «Se prohíbe fumar». Estuve contemplando el cartel durante unos segundos hasta que noté una mano que me tocó el hombro.

—¿Le molesta? —me preguntó una señora con el pelo estropajoso mientras sostenía un ducados entre los dedos.

Negué con la cabeza y ella le dio una chupada al cigarrillo. Después se colocó el bolso en el regazo, y sin soltar el cigarrillo buscó en el interior. Algo de ceniza calló sobre la mesita de al lado, atestada de vasos de papel y botellas de agua. Un señor mayor, vestido con una boina calada tosió ahogadamente y se dobló sobre sí mismo, mientras

una joven, quizá su hija, le daba palmaditas en la espalda.

—¿Quieres uno? —la señora despeinada me ofreció un cigarrillo.

—No fumo, pero gracias.

—Yo es que no puedo aguantar. Si no fumo un cigarrillo me da un patatús. Es la quinta vez que venimos aquí, ¿sabes?

Asentí vagamente. Un médico se asomó por la puerta, se detuvo, comprobó algo en la carpeta y leyó un nombre. El anciano se levantó ayudado por la joven. El médico lanzó una mirada de reprimenda hacia nosotras.

—Aquí no se puede fumar.

La señora hizo ademán de apagar el cigarrillo. El médico no nos prestó más atención y salió de la sala pasándole la mano por el hombro al viejo, que no paraba de toser. Mi compañera volvió a darle al cigarrillo.

—Chulos y chulos. ¡Todo el año para arriba y para abajo, así nos tienen! Y que no saben qué es lo que le pasa, ¿qué te parece? Y luego son lo más falso del mundo, que yo tengo una amiga que trabaja en un hospital de Barcelona y dice que son los primeros en fumar en las consultas.

Le sonreí tratando de complacerla. Recordé que tenía que llamar a mi suegra, así que le pregunté dónde podía encontrar un teléfono. Se levantó y me acompañó hasta la puerta.

—Mira, tú sigues recto por este pasillo. Por donde va el médico, ¿ves? Luego a la izquierda —no paraba de agitar y retorcer la mano en el aire, como si manejara una espada imaginaria—. Luego te encuentras la cafetería, pues ahí —me miraba y asentía con los ojos muy abiertos—. Por este pasillo, hasta allí. Sigues, sigues, sigues y luego, ¡plas! a la izquierda. Allí, la cafetería. Me entiendes. Recto, izquierda y luego la cafetería. Si quieres te acompaño y nos tomamos un café juntas.

—No hace falta. Además, tengo que irme.

—Ale, maja, pues que te sea leve —volvió a su asiento.

—¡Ay, mi Juan! ¡Ay, mi Juan! —tuve que retirarme del teléfono un par de dedos porque sus gritos me estaban dejando sorda— ¿Y el niño? ¿Qué ha pasado con el niño?

Le expliqué que había sido muy de mañana y que apenas se dio cuenta.

—¡Ay, Mari! ¿Y qué vamos a hacer? ¡Mari, Mari!

Le pregunté si podía recoger al niño, pero ella no me escuchó.

—¡Y el pobre niño! ¿Y si se queda sin padre? ¡Qué cosa más terrible, Mari! ¡Qué cosa más terrible! ¡Ay, mi Juan! ¡Ay, mi Danielín!

Cuando se tranquilizó le pedí que viniera al hospital mientras yo iba a recoger al niño a la escuela. Así al menos podría hacerle compañía a Juan. Le recordé que Juan estaba en la UVI y que el horario de visitas era muy limitado.

—¡Ay mi Juan!

Me dolía la cabeza.

Mientras esperaba en la puerta a Daniel me encontré con Davinia, que era la madre de Roberto, un amigo de Daniel. Me saludó dando voces y agitando las pulseras. Tenía pegotes de rimel en las pestañas y se había embadurnado el rostro con pote, de manera desigual, pero no le dije nada acerca de esto.

—El viernes es el cumpleaños de Robertito, podrías venir tú y tu maridito a Don Dino.

Era un parque de recreo para niños con bolas y costaba una fortuna. Me mordí el labio y le contesté que bueno, que ya veríamos. No tenía ganas de contarle lo de Juan.

—Pareces preocupada, ¿te pasa algo, querida?

—No, sólo estoy un poco cansada.

Me lanzó una mirada de desconfianza. Abrieron las puertas y los niños salieron en tropel. Primero apareció Roberto. Su madre

le cogió la cara con ambas manos y le besuqueó, pero él trataba de zafarse de ella.

—¿Qué hay de comer? —preguntó el crío.

—Alcachofas.

—Puaf, qué asco.

Davinia encogió los hombros.

—Hasta luego, maja.

Subieron al Mondeo y se marcharon. Daniel venía de la mano de su profesora.

—Se ha peleado con un niño —me dijo.

—No es verdad, es que me ha llamado orejas —protestó Daniel.

Es cierto que Daniel tenía las orejas de soplillo pero eso no le daba derecho a pegar a otro niño.

—Te he dicho cientos de veces que no se pega.

Me dirigí a la profesora.

—¿A quién ha pegado?

—A un niño de otra clase.

—Mañana te vas a disculpar, ¿me oyes?

Danielín se cruzó de brazos y bajó la cabeza.

—Hala, vamos. Mañana se disculpará, ¿verdad que sí?

Me dirigí a él.

—Ya hablaremos tú y yo en casa.

La profesora arqueó las cejas y sonrió. Después cerró la puerta de la escuela y nosotros nos fuimos a casa. Había un mensaje de mi suegra en el contestador. Se había perdido de camino al hospital y no había llegado a tiempo, aunque prometió con voz cansina, como tratando de conmovirme, que se quedaría allí todo el tiempo que hiciera falta. También me dijo que la siguiente hora de visita era a las seis de la tarde. Me fui a la cocina y preparé una tortilla francesa que Danielín se comió sin protestar.

—¿De verdad has pegado a un niño?

Hizo un puchero antes de contestarme.

—Pero mamá, me llamó orejas.

—Aún así. No se pega a los niños. ¿No ves que el niño Jesús se va a poner triste si te ve pegando a otro niño?

Rompió a llorar. Le tomé de la cabeza y comencé a acariciarle el pelo mientras se desahogaba. Se tomó un yogur y lo llevé a dormir la siesta. Necesitaba a alguien que se quedara con el niño esa tarde. Mi suegra estaba en el hospital. Llamé a Davinia, pero nadie contestó al teléfono. Estuve viendo un rato el televisor hasta que me quedé dormida. Cuando desperté ya eran las cinco de la tarde y el niño estaba jugando en su habitación, sin montar mucho ruido.

—¿Quieres merendar?

Estaba tumbado en el suelo. Había esparcido todos los ‘clic’ por encima de la colcha y del escritorio como si estuvieran preparándose para una gran batalla. Había muñecos ocultos tras las almohadas, los pies de la cama, con rifles en sus brazos articulados que apuntaban a otros juguetes. Tuve la precaución de no tirar ninguno por descuido. Él asintió y salió de un salto de la habitación. En la cocina me di cuenta de que me había quedado sin leche.

—Quiero cereales de frostis —dijo el pequeño.

—No te muevas.

Llamé a la puerta de la vecina varias veces. Abrió. Iba en bata y con un gato orondo y vago en el regazo.

—¿Qué quiere?

Le pregunté si podía prestarme un poco de leche. El gato bostezó, aburrido.

—He tenido que llevar a Juan esta mañana al hospital y no he podido hacer la compra.

—Espere un momento —dijo, interrumpiéndome. Se perdió en el pasillo sin quitarme ojo de encima. Me trajo un bote de leche abierto, me lo dio y cerró la puerta sin darme tiempo a decirle gracias. Se

me estaba echando la hora encima y aún no había encontrado quien se quedara con el niño. Volví a llamar. No me abrió. En vez de eso preguntó detrás de la mirilla que qué quería. Le expliqué otra vez lo de Juan.

—Y claro, no ha encontrado a nadie excepto a mí, ¿no es así?

—No sabe cuánto se lo agradecería.

Abrió la puerta. El gato se deslizó de su regazo y trató de fugarse. Traté de impedirlo con el pie y en vez de eso le di una patada. El gato me bufó y se metió de nuevo en la casa.

—¡Yefri! ¡Gato malo! —gritó.

—Lo siento.

—Traiga al niño. Pero sepa que tengo cosas que hacer.

—Será solo un par de horas, se lo prometo.

Daniel no protestó cuando le dije lo que iba a pasar. En vez de eso me miró rígido y dejó caer la cuchara sobre la mesa, sin volver a probar bocado.

Mi suegra no había podido ver todavía a Juan. Estaba sentada en la sala de espera con el bolso entre las manos, totalmente tiesa. Llevaba su abrigo de visón y despedía un fuerte olor a perfume caro.

—¡Es increíble! —dijo antes de que yo pudiera abrir la boca—. Me han estado mareando toda la tarde. Las enfermeras son unas maleducadas. Me dijeron que esperara aquí y que ya me avisarían. Y de eso hace ya dos horas...

Reparé en que la señora de antes, aquella que me había ofrecido el ducados, ya no estaba en su sitio. Sí permanecían los mismos vasos rebosantes de colillas y ceniza, y algunas botellas vacías más. «Lo mejor será que pregunte», pensé. Tras insistir en recepción, el médico que llevaba a Juan accedió a contarme lo que había pasado.

—Tiene los pulmones encharcados, pero no es grave. Le daremos antibióticos y mañana veremos qué se puede hacer, si hay que operar

o no.

—Pero ¿se va a morir? —interrumpió mi suegra.

—No se preocupe —la tomó educadamente del codo— que su hijo se va a poner bien.

—¿Y por qué no nos dejan visitarlo? —añadió mi suegra.

—La hora de visita ya ha pasado, comprenda que son las reglas del hospital...

—Mire —dije yo— es que desde que ingresó aún no hemos tenido oportunidad de verlo. Mi suegra ha estado aquí toda la tarde y no ha podido...

El médico se pasó la mano por cara y vaciló. Se columpió sobre los talones sin dejar de estudiar nuestra expresión.

—Acompañenme, haremos una excepción—le seguimos—. Este tipo de cosas suele ocurrir, a veces tenemos tanto trabajo que nos olvidamos de los familiares. Creo que deberían ingresarnos a nosotros para descansar un ratito —rió.

—Eso necesitaría yo también después de tenerme aquí esperando dos horas como a una idiota —se quejó mi suegra. El pelo del visón parecía encrespase cuando protestaba. El médico dejó de reír y no dijo nada hasta que llegamos a la UVI.

Las camas de los enfermos estaban separadas por finas cortinas de color azul, con manchas de óxido en los bajos. Un enfermo llamó al celador y le pidió que le subiera el respaldo. El celador sacó una manivela de debajo de la cama, la acopló a un mecanismo tras la cabecera y comenzó a dar vueltas.

—¿Así?

—Un poco más alta —el celador siguió dando vueltas a la palanca.

—¿Ya?

—¡No!

—¿Así está bien?

—¡Muy alta! ¡Y llame a la enfermera, que me estoy meando!

El celador resopló. Se agachó, desmontó la manivela, tomó un embudo de los que se usan para orinar y lo dejó caer sobre el pecho del enfermo.

—¿Y esto qué es?

—Haga sus cositas ahí y luego llame a la enfermera para que se lo recoja. O si no, vaya al servicio. ¿Quiere que le ayude a levantarse?

El celador se marchó. El enfermo tomó el orinal con dos dedos y lo contempló con extrañeza.

Juan estaba adormilado. Nos sentamos a ambos lados de la cama sin hacer mucho ruido. De su nariz colgaba un tubito de plástico que iba a su vez conectado a la pared y que producía un silbido intermitente. Mi suegra tomó el borde de la sábana almidonada y tiró de ella para tapar a Juan. Él tomó aire por la nariz y abrió los ojos, desconcertado, sin decir nada. Le puse la mano sobre la frente como hacía con Danielín cuando tenía fiebre.

—¿Qué tal estás?

Quiso decir algo pero empezó a toser. Le incorporamos entre las dos y le dimos unos golpecitos en la espalda. Luego, como si se tratara de un fardo, lo dejamos caer suavemente sobre la cama. Mi suegra le dobló la almohada para que tuviera la cabeza más alta que el resto del cuerpo. Juan levantó la mano por encima de la sábana y yo la tomé por la punta de los dedos. Luego miró a su madre, quien se llevó la mano a la boca y dejó escapar un grito.

—¡Enfermera! Pero bueno, ¿es que no van a recoger esta porquería? —gritó el enfermo del otro lado—. ¡En—fer—me—ra!

Por delante de nuestra cama pasó una enfermera con aire furibundo. Se detuvo un momento y nos reconoció.

—Estas no son horas de visita, ¿no se lo han dicho? —continuó y levantó la voz desde la cama del enfermo—. Y usted, ¿es que no nos va a dejar tranquilas? —dijo sin bajar el tono. Sonó como una amenaza

general a todos los enfermos de la sala.

Salimos sin decir nada más.

—Tengo que hacer algunas compras antes de ir a casa —le dije a mi suegra cuando subíamos al coche.

—A mí déjame en el centro, Mari —exigió—. ¿Y Danielín?

—Lo he dejado con una vecina.

Noté como me observaba de soslayo, seguramente reprochándome haber dejado en otras manos a Danielín. Cuando llegamos al centro se bajó del coche sin decir adiós y se perdió en la plaza sin volverse. Me fijé en el reloj del ayuntamiento: ya era casi las nueve y las tiendas estaban cerrando. Aparqué el coche en cuanto pude y corrí hacia el híper. El muchacho ya estaba echando el cierre desde dentro.

—¿Me puedes alcanzar un litro de leche, por favor? —le supliqué.

—Pero señora, ¿no ve qué hora es?

—Por favor, no he podido venir antes.

—A mí me hace la puñeta, señora, además ya he apagado la caja registradora.

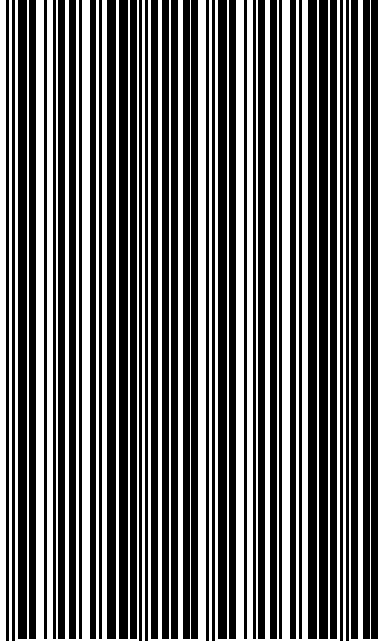
Permanecí allí de pie sin decir una palabra. Él me observaba debajo de la reja. Bufó y se metió dentro. Escuché que me gritaba, pero no entendí lo que me decía. Volvió al cierre hecho un basilisco.

—Señora, le estoy preguntando si le vale semidesnatada.

Asentí. Trajo el brick en la mano, sin bolsa. Tuve que agacharme y darle el dinero por debajo del cierre. Luego bajó la reja con gran estruendo y apagó las luces. Tenía ganas de correr pero no lo hice. De hecho, sin saber por qué, fui andando en dirección contraria a donde tenía el coche. Cada vez caminaba más despacio. Me guardé el brick dentro del jersey, como hacía con los juguetes cuando era pequeña. Las esquinas del cartón de leche se marcaban por debajo. Recorrí con una caricia la silueta que formaba. Todas las tiendas estaban cerrando y la poca gente que caminaba por la calle se dirigirían seguramente

a sus casas. Iba más y más despacio. Al final de la calle quedaba sólo una tienda iluminada, también tenía la reja echada. Las dependientas recogían el escaparate: al día siguiente cambiarían los vestidos de temporada. Entre dos chicas transportaban un maniquí que parecía muy pesado. Una de ellas lo dejó en el suelo y se arremangó. El maniquí llevaba aún puesto un vestido. Un vestido verde que se parecía mucho al que yo quería. Pero no era el mismo vestido. Creí que sí, que era el mismo vestido. No lo era, de eso estoy segura. O eso creo. No era del mismo color, o no era el mismo maniquí. Supongo que ni siquiera era la misma tienda, no sé.

Acaricié el brick por debajo del jersey y regresé al coche.



## Un hombre cae de un edificio

Un tipo sueña que prepara un viaje con su querida esposa a Nueva York. Eligen una maleta polvorienta del cuarto de invitados y, con mucho miramiento, colocan en ella todo aquello que calculan que van a necesitar en su viaje. Por ejemplo: un bote champú para los dos, unos calcetines de lana, un secador del pelo y algunas medicinas para la alergia. El señor está muy contento y por eso menea el bigotito. La señora también está muy contenta, puesto que ya de joven había deseado ser una gran aventurera y viajar por todo el planeta; sin embargo, desde que se casó, su marido y ella siempre han ido muy ajustados de dinero y no han podido visitar más que Calatrava y algún pueblo de los alrededores. Con la noticia, a la señora se le dibujan algunas arrugas de felicidad en el entrecejo y la comisura de los labios, y ello llena de gozo al señor, quien a su vez menea más si cabe su bigotito.

Llega al fin el esperado día de la partida. El señor y la señora tienen la enorme suerte de encontrar un taxi casi en la puerta de su casa. Le dice al taxista que se dirija a Barajas. Una vez en el aeropuerto se acercan a una señorita vestida de azafata y le preguntan «¿cuál es el mostrador para ir a Nueva York?» La señorita toma amablemente sus billetes, los estudia y les conduce a través de un largo pasillo hasta el mostrador de la compañía aérea. Le dan las gracias y ella responde que no había de qué. En el mostrador son atendidos por un cordial empleado que recoge sus pasaportes, sus billetes y que factura su maleta. El señor y la señora están muy contentos, y el empleado también.

En el sueño del señor, su señora y él aterrizan y se encaminan al hotel en un taxi amarillo que han llamado desde el JFK. Es un taxi con un maletero gigantesco donde su diminuta valija de provincias parece ridícula. Cuando llegan al hotel rellenan dos fichas con sus datos personales y se las entregan al recepcionista y éste les proporciona la llave de la habitación. Suben en un ascensor destartalado, abre la puerta de su cámara y tanto el señor como la señora encuentran la habitación muy acogedora. Abren la maleta, sacan el secador de pelo de ella y las corbatas de él, el neceser donde guardan los cepillos de dientes y los desodorantes, y lo colocan todo sobre una



repisa del cuarto de baño, y actúan y hablan como si aquella habitación fuera realmente su casa. Después, el señor, muy impacientemente apremia a la señora para que vayan a visitar la ciudad. La señora le reprime por su prisa y el señor frunce el bigotito contrariado. Pero como la señora es muy cariñosa, se acicala un poco y le dice que bueno, que para eso están en Nueva York y le da un beso y que le dice que tire para adelante. El señor prepara la cámara de fotos, una mochila donde guardar los souvenirs que compran y un gorro de pintor para protegerse del calor. La señora se calza una sandalias fresquitas y elige un bolso pequeño aunque práctico donde guarda una botella de agua fresca.

El señor y la señora visitan en primer lugar el centro de Manhattan y, más concretamente, Central Park. Allí el señor saca numerosas fotos: de los ciclistas, de los bancos grabados con nombres de famosos y de anónimos, de los patos que están nadando por el lago. Mientras tanto, la señora espera y observa las plantas, los árboles y los rascacielos que le parecen muy curiosos, pues le parece que crecen a lo lejos. El señor le pide a su mujer que le saque una foto con el enorme lago como paisaje de fondo. La señora le toma una foto rápidamente pero su marido, después de revisarla, la encuentra demasiado aburrida, así que le pide que le tome una nueva. El marido se acerca un poco más a la valla que separa el camino del parque y el lago. La señora, dispuesta a tener más tino en esta ocasión, le retrata otra vez. El marido no queda satisfecho tras ver la imagen porque piensa que una foto así, con el lago de Central Park de fondo, sin más, es muy típica y no vale nada. Así que se quita los zapatos, salta la valla a riesgo a mojarse los pies y le pide a su esposa que le saque una nueva foto. A la señora no le gusta que su marido salte la valla que separa el camino de Central Park del lago y así se lo hace saber. El señor le quita importancia al asunto y le pide que tome la foto de una vez, que no desea mojarse los pies. La señora así lo hace. En esta ocasión vez el señor sí queda contento. Está tan contento que incluso se olvida de los zapatos. Su mujer, que estaba muy atenta, los recoge y



se los da para que se los vuelva a poner. Ambos se toman del brazo y cruzan Central Park a ritmo de paseo, entre patinadores y boy-scouts.

El matrimonio visita distintos lugares de la isla de Manhattan: el mastodóntico edificio de la Chrysler, el cruce en Times Square, iluminado a todas horas por los grandes cartelones, algunos artesanales, de Les Misérables, Mamma Mía!, Cats, Wicked...; toman el ferry hacia Long Island y aún tienen tiempo para visitar muchas otras atracciones turísticas más. En cada uno de estos lugares el señor quiere hacerse una foto aún más original y arriesgada: en Times Square detuvo el tráfico un momento y en el ferry subió hasta el puente de mando, ante la divertida sorpresa de los grumetes y obteniendo una seria regañina en inglés por parte del patrón del barco. Esta actitud despreocupada enfada más y más a su señora, que cada vez arruga la boca para dar entender a su marido que está disgustada, aunque por otra parte es consciente de que el señor está tan ilusionado con el viaje que no se atreve a reprenderlo. El señor, además, es cada vez más despistado: en el edificio Chrysler se olvida de la mochila con todos los mapas, en el ferry el gorro; y así sucesivamente en todos los lugares donde se sacaba una foto. Menos mal que su esposa, atenta como siempre, lo recoge todo y lo va guardando en su bolso, o se lo colgaba al hombro, aunque no deja de regañarle: «eres muy despistado, eres muy temerario, al final tendremos que lamentar algo, un día me olvidarás a mí... El hombre le da las gracias, le pide perdón pero en seguida busca un nuevo sitio en el que retratarse.

Finalmente el matrimonio llega al Empire State Building, el edificio más alto de toda la ciudad. Compran dos entradas para subir al mirador y una vez allí, el guarda de seguridad les saluda tocándose la visera de la gorra con la punta de los dedos. Cuando entran a la terraza, el marido se queda maravillado: se puede ver toda la isla de Manhattan desde allí, y no sólo eso, sino la Estatua de la Libertad, los ferries e incluso Central Park. Está tan excitado por haber encontrado ese sitio tan especial, que

apremia con más vehemencia a su esposa para que le saque fotos con todos los paisajes posibles de fondo. Y su esposa, abnegada, sufridora, pulsa el botón de la cámara una y otra vez, una y otra vez, tan rápido como puede, hasta que le duele el dedo, el brazo, las piernas, el ojo: comienza a estar harta de su marido y sus tontas fotografías. El señor se detiene un momento a pensar y mientras se atusa el bigotito, su mujer le pregunta: ¿en qué estarás pensando! El señor sonríe y se sube a una de las mamparas de protección del mirador, sin que los guardias se percaten. «¡Baja de ahí inmediatamente, que lo vamos a lamentar! Y el señor: «¡vamos, la última foto! Y la señora, «¡baja de ahí o no te saco ni una foto más! ¡Que te vas a desgraciar!» Y el señor: «¡Que no! ¡Ya que estoy aquí, sácala!» Y la señora le dio otros cientos de veces al botón de la cámara de fotos, muy angustiada porque su marido estaba en una cornisa del edificio más alto de Nueva York y no era lo que esperaba de unas vacaciones, ni mucho menos, ni lo que imaginaba que sería su viaje alrededor del mundo...

Cuando el señor quedó satisfecho, la mujer suspiró aliviada y guardó la cámara. El señor comenzó a descender de la mampara y su mujer se dio la vuelta, para comprobar el sitio, como llevaba toda la mañana haciendo, por si su marido no se había dejado olvidado nada por el lugar. En ese momento, un golpe de viento sopló desde la bahía y el aire alcanzó al señor, que se perdió el equilibrio y cayó al vacío. En ese momento la señora se dio la vuelta y tuvo el tiempo justo para ver a su marido desaparecer por la cornisa y pegar un grito.

Tanto en el sueño de este señor como en el Empire State Building real, es decir, el que está en Nueva York, hay ciento dos pisos de caída. Aunque en el edificio real se desciende a mucha velocidad, al hombre que cae del edificio de este relato le daba la impresión de descender muy lentamente. Aunque, claro, él no sabía que soñaba. Se sorprendió al comprobar que podía estudiar tranquilamente el interior de las oficinas

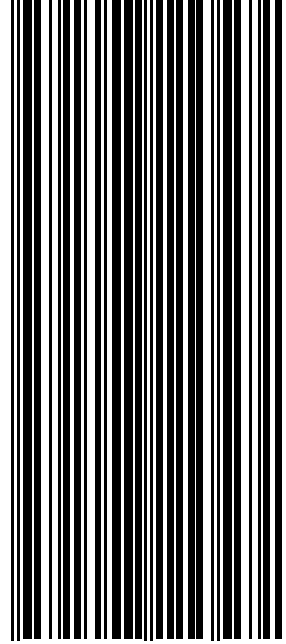
a través de las ventanas según se precipitaba, a los comerciales hablando por teléfono y cerrando ventas, a los turistas haciendo cola para subir al mirador desde el que acababa de caer, a las secretarias tecleando en sus ordenadores e incluso a los empleados de la limpieza que se esforzaban por dejar los cristales limpiísimos. El señor se alegraba cada vez que alguna de estas personas abría una ventana y se asomaba para ver descender al señor y saludarle. Él a su vez les devolvía el saludo con afecto y lamentaba no llevar encima su cámara de fotos. Aunque sin duda le inquietaba el tremendo golpe contra el pavimento, lo que más le inquietaba en ese momento es que algunas de las personas que se habían asomado no eran tan amables como las primeras y se dedicaban a alargar la mano desde los alféizares y le arrebataban sus pertenencias: un becario se quedó con su reloj, un directivo de finanzas le quitó la mochila y, por muy poco el subdirector de marketing no le sustrae los pantalones. Aunque él pedía explicaciones y se preguntaba como la gente podía ser tan maleducada, los ladrones le decían que a él qué más le daba, que nadie sobrevive a una caída de 102 pisos y que tampoco era tan importante. Al señor no le gustaba eso y hubiera deseado que su mujer estuviera cayendo con él, para que regañara a estos individuos tan descarados su actitud.

Así que, cuando ya no quedaban más que diez pisos para que el señor se estrellara contra la acera, prácticamente todo aquello con lo que había caído había pasado a otras manos. El señor cerró los ojos, pensó en su mujer y en la muerte, y esperó el momento del golpe. Justo un segundo antes de encontrar el suelo abrió los ojos.

Para su sorpresa se hallaba en su cama, junto a su mujer. Se palpó el cuerpo, se tocó la cara y respiró aliviado, porque ahora sí sabía que se había tratado de un sueño. Su mujer, que se había despertado con el sobre salto, se restregaba las legañas mientras le preguntaba que qué pasaba, y él respondió que había tenido un sueño de lo más raro. Le contó que había soñado que se iban a Nueva York y que visitaban



Manhattan. A la señora le alegró mucho escuchar esto, porque nunca habían viajado más lejos de Calatrava y ella siempre había deseado viajar mucho. También le contó que ella le tomaba muchas fotos, pero como él quería cada vez fotos más espectaculares, ella se enfadaba y las tomaba desganada. También le contó que visitaban el edificio Chrysler, Times Square y otros sitios y que en todos esos sitios siempre perdía una prenda o un objeto y que ella, muy paciente, los recuperaba. La mujer suspiraba porque sabía que cada vez que salían de viaje o a visitar a un pariente lejano, tenía que andar muy avispada para que su marido no se dejara nada por el camino. Luego le contó que habían ido hasta el Empire State Building y que se había asomado por la mampara de protección y que una ráfaga de aire le había hecho caer. Su mujer puso caras raras en esta parte de la historia. Luego le contó que mientras caía, los empleados le arrebatan la ropa, el reloj y otras pertenencias, y que le daba mucha rabia que se las quitaran, así como no haber sacado fotos mientras caía. Y cuando dijo otras pertenencias y rabia, la mujer lanzó un suspiro. El señor del bigotito le preguntó que por qué suspiraba tanto y ella, dudando un poco, se giró hacia el lado de su cama y abrió el cajoncito de la cómoda. De allí extrajo el reloj que le arrebató el becario, la mochila del director de finanzas y todo lo que le habían sustraído en el sueño. Después, sacó la cámara fotográfica y le regañó: «Es la última vez que me voy contigo de viaje aunque sea en sueños, porque eres un despistado y te dejas robar por todo el mundo. Además estoy harta de sacarte fotografías y sobre todo porque ¡menudos sustos me pegas!»



Un viaje a Zimbabue

El tipo de delante me miró de reojo y yo, automáticamente, dirigí la vista hacia el reloj, como impulsado por un resorte mecánico. Esta vez el tipo lo ha notado, ha sentido que llevo protestando en silencio, rabioso, furioso por su incapacidad, por su inexperiencia, por su inutilidad para programar su viaje en el teletransportador. Traté de disimular pero algunas gotas de sudor debieron asomar por la base de mi frente, así que era imposible que no se hubiera dado cuenta. Permaneció un rato así, observando y dudando de la sinceridad de mi distracción puntual para con el reloj, quizá con alguna pregunta malévola enfilando en su lengua, algo como «¿se encuentra bien?» o una afirmación de culpabilidad del tipo «en seguida termino.» Debo controlar los ataques de ansiedad. El Hypnorex no me ayuda. No funciona, por ejemplo, cuando guardo cola frente a los teletransportadores. No puedo dejar de pensar en la multitud de veces que la instrumentación falla y de repente aparece al otro lado del mundo un brazo, una pierna o, peor, una cabeza enhiesta que se materializa línea por línea, como un televisor analógico recién sintonizado<sup>1</sup> y flota un instante en el aire del teletransportador del aeropuerto de Gatwick o en el Charles de Gaulle y, de repente, en un apagón eléctrico o de la señal, el aura que sostiene la testa en el aire desaparece y la cabeza cae secamente contra el suelo de la cabina metálica, como una sandía o un melón o un balón lleno de piedras. Mi temor no es aparecer en París con un brazo menos o sin cabeza, de hecho es bastante improbable que esto ocurra tras la catastrófica intervención en Uganda de los servicios de inteligencia israelíes hace

<sup>1</sup> Aunque tengo entendido que es un ornamento meramente estético, la idea original del ingeniero consistía en proyectar primeramente toda la figura e ir reduciendo el contraste o la translucidez del objeto hasta que por fin fuera sólido y una vez confirmado que el objeto o persona ha sido duplicado, hacer desaparecer el original por el mismo método, haciéndolo cada vez más transparente. Esto provocó algunos problemas de tardanza, así que hoy, según tengo entendido se fulmina sin meditarlo mucho el objeto original. Lo de las líneas es una rémora de los antiguos CRT, pero no tiene ningún efecto sobre el objeto transportado.

un par de décadas<sup>2</sup>. Desde entonces se comprueba que los objetos duplicados al otro lado del canal son en efecto duplicados y no se han convertido en objetos con taras. En el caso de animales y otros objetos vivos el asunto es más sencillo. En realidad hay poco que transportar de un lado para otro, agua y cinco o seis elementos químicos básicos. Si el animal está vivo es el mismo animal, si está muerto o viene a trozos es evidente que ha habido algún error y hay que comenzar de nuevo el proceso.

Ahora bien, en mi pesadilla, como le cuento tantas veces al doctor, soy un técnico vestido con un mono de empleado aeroportuario que baja del coche eléctrico tras conducir por los pasillos de la terminal internacional, y en medio de una multitud quejumbrosa y herida que le espeta la tardanza (comerciales de viaje a alguna capital de provincia de corbata barata, estudiantes con suculentas y ortopédicas opiniones y mochilas dirección a Flandes, oriundos de algún pueblo de Andalucía, viajeros de autobús de quince euros el billete de vuelta y bocadillo de salchichón en la mochila); entre todos estos tengo que levantar la voz, agitar los brazos y avisarles de que la reparación llevará tiempo, que la compañía se hará cargo de sus vuelos o viajes de vuelta y que no se puede hacer nada por el momento. Tras la decepción general y alguna pregunta aclaratoria, a la que contesto con evasivas monosilábicas, por fin comienzo a trabajar a solas, tal vez con algún ayudante casi púber de pelo rapado que me va pasando las herramientas. Todo el numerito del técnico es necesario, expulsar a los curiosos es fundamental porque cuando se abre la cápsula puede aparecer algún miembro deforme, una cabeza, como decía, que ha estallado contra el suelo, un gato despellejado, una mano, etcétera. Y este hecho no es el más inquietante de mi pesadilla, sino que toda esta secuencia se repite varias veces en el mismo sueño, como en un ritual y que antes de abrir la cápsula ya

2 Desde que una guerra se puede perder por aparecer súbita, espectralmente en campo enemigo, desnudo y sin armas. Las armas se quedaron en los teletransportadores de Tel Aviv por un error en el proceso de los grupos de aleación de la munición.

sé lo que voy a encontrar<sup>3</sup>, y lo sé y no me cuesta trabajo recoger los pedazos de la cosa o ser allí reventado (debería decir mal transportado, porque realmente el objeto o ser reales estarán perplejos en sus lugares de origen, tratando inútilmente de teletransportarse nuevamente desde otra cabina o bien reclamando en algún mostrador la devolución del importe del billete). Voy guardando los trozos en distintas bolsas de basura (orgánica, papel, metal) y tengo deshacerme de todo ello y firmar que la destrucción de esos fragmentos duplicados proporcionan gracias al servicio técnico la univocidad original. Hay quien se guarda billetes o joyas: no les culpo.

El tipo de delante me mira de reojo y el litio del Hypnorex bloquea o más bien tapona la recepción de noradrenalina en mi cerebro. Se introduce en la máquina, bloquea la puerta y una luz roja indica que una copia de los datos de su esqueleto, masa muscular, sistema nervioso, sistema circulatorio se está enviando a algún lugar del mundo mientras él lee tranquilamente la sección de contactos del periódico local o manda un mensaje de texto sobre una banqueta bajo una tenue luz de flexo dentro de la cabina. Tras unos segundos, una luz verde indica que el teletransportador está libre. Compruebo con mi tarjeta de viajero frecuente que el destino es correcto. Las puertas de la cabina se abren. Me acomodo, cierro la cabina y registro mi cartera para comprobar si tendré dinero suficiente para pagar el taxi desde el aeropuerto en el hotel. Sí, lo tengo, pero en moneda local, así que tendré que cambiar divisa allí, con el consiguiente recargo en comisiones. Me llevo la mano a la nuca, la tensión puede conmigo. Algo no marcha bien, la puerta se abre y veo que la cola de pasajeros me ha descubierto guardando la cartera en el bolsillo. Me observan sorprendidos, como preguntándose: ¿qué hace usted aquí todavía?

3 Puesto que el aire que hay dentro de la cápsula también se lleva de un lado a otro, en ocasiones, cuando espero a algún conocido que viene de algún lugar con mayor humedad, como la playa o un país tropical, trae consigo, impregnado en su ropa o en su piel ese olor tan particular. Sin embargo, sigue siendo un olor artificial, no sabría cómo explicarlo. Sigue oliendo a quemado.

— Buenas tardes — pregunto en el mostrador de la compañía teletransportadora a una señorita con minifalda, posiblemente licenciada en Turismo, cinco idiomas, con deseo de realizar un máster en comercio internacional y trabajar en algo más gratificante que atender las quejas de los usuarios descontentos.

— Buenas tardes – repito -. Tengo un billete de ida hacia Harare.

Comprueba el billete, comprueba el ordenador.

— ¿A qué hora tenía el viaje?

— A las 15.30.

Inútil incidir en que la hora está impresa en el billete, en el ordenador, en mi cara de disgusto.

— Voy a realizar una llamada a destino, para comprobar qué ha ocurrido. En caso de que haya existido algún problema le reubicaremos en otro viaje. Quedan huecos en Madrid – Durban, desde ahí podemos proporcionarle un billete de avión tradicional o bien un viaje por autobús.

— Haga la llamada, me esperan dentro de poco.

Hace la llamada. Habla en inglés. Se rasca con un bolígrafo por detrás de la oreja. Me gusta. Podría estar todo el día mirando cómo se rasca la oreja arriba abajo, moviendo un mechón de pelo por detrás del lóbulo.

— No tenemos confirmación de ningún error – dice, cuando vuelve.

— ¿Cómo?

— Según me comentan mis compañeros en Harare, no se ha producido ningún teletransporte erróneo desde esta mañana.

— Es evidente que no estoy allí, sino aquí.

— Es evidente, sí.

Nos quedamos en silencio. No sé si yo espero a que amplíe su respuesta o ella espera que yo estalle.

— ¿Y bien? – digo yo, por fin.

— No ha existido ningún error. Quiero decir, la máquina de Harare funciona perfectamente. Lleva recibiendo pasajeros toda la mañana.

— Pero yo no he llegado allí.

— Voy a comprobar con ellos si su nombre no está en la lista.

(Cada vez que llega un pasajero sano y salvo a destino debe firmar su llegada). Vuelve, tras otra sesión de rasca—rasca con el lápiz.

— Es muy raro – anuncia.

— ¿Perdón?

— Según me comentan, usted... Alguien ha firmado por usted en Harare.

— Eso es imposible.

— Sin embargo así es.

— Eso es imposible, le repito. Yo estoy aquí y no he firmado nada.

— Es lo que me comentan mis compañeros.

— ¿No comprueban la identidad de los pasajeros cuando llegan a destino?

— Sí.

— Pues yo estoy aquí, así que no estoy en Harare. No he podido mostrar mi pasaporte a nadie.

— ¿Me deja ver su documentación?

Se la dejo ver. No sabe qué decir.

— Lo mejor que puede hacer es llamar al aeropuerto de Harare. En la frontera toman los datos de todos los que llegan.

Me dirijo a la oficina de asuntos exteriores del aeropuerto. Allí me atiende un guardiacivil. Le explico el caso. También se rasca la cabeza, pero evidentemente esto no me place tanto.

— Lo investigaremos.

Y ya está. Seguí en el aeropuerto un par de horas, arreglé algunos asuntos con la compañía y con los jefes de proyecto a los que iba a visitar y me decidí a acudir por otros medios a Harare. La señorita de la compañía me preparó un pasaje hasta Durban y allí tomé un vuelo hasta Harare. Llegué al hotel, cené un sándwich y me eché a dormir.

Al día siguiente no trabajaba, así que decidí que tal vez sería buena idea realizarme un chequeo médico en el Hospital de la avenida Lobengula. Tenía uno reciente, que además incluía la cartilla de vacunación internacional, pero solo era válido para el norte de África y Medio Este y aunque normalmente no ponen pegadas, últimamente la embajada de Zimbabue avisa a las empresas de aquí que recomienden obtener una cartilla local. Supongo que se trata de rémoras de la política de compensación de la población negra, aunque también es cierto que ya apenas queda ni un solo propietario blanco en todo el país, cuestiones casuísticas, o falta de ganas. La cartilla sanitaria y los análisis<sup>4</sup> aquí son diferentes a la que expiden al instante en los aeropuertos de Europa y aunque los recepcionistas de hoteles están acostumbrados a tratar con europeos, se han dado caso de viejos propietarios con reticencias a aceptarla e incluso, en extremos casi delirantes, a avisar a la policía. Esto me ocurrió hace un par de años, con un anciano ndebele (lo recuerdo por el acento inconfundible, algo afectado por los temblores pero inconfundible), más preocupado por no tocarme que por cobrar las sábanas, llegó a llamar a la policía local. Y aunque la situación es violenta, suele ser más embarazosa para los guardias que para el visitante, que suele ser invitado a acudir a otro hotel. Creo que ahora se

4 Las pruebas básicas en Europa son: Hematología, eosinófilos, linfocitos, monocitos, basófilos, neutrófilos, glucosa, colesterol, creatinina, got (ast), gpt (alt), ggtp, densidad, orina, para los riesgos del perfil 450: exposición a agentes químicos (específicamente alcohol isopropílico), radiaciones ionizantes y no ionizantes y exposición a ruidos. En Zimbabue y en algunas regiones limítrofes de Botswana, especialmente las provincias menos desarrolladas, las pruebas incluyen, además, ensayo por inmunoabsorción ligado a enzimas, antígenos y anticuerpos de la hepatitis, así como otras que ahora no recuerdo. Esto supuso en su día algún revuelo por parte de los sindicatos y comités de empresas transnacionales en la OMS, incluso la foto de un adusto Pierre Lebardin encogiéndose de hombros, secretario de la organización por aquel entonces, llegó a ser portada en algún periódico, más quizá por lo resuelta y falta de decoro que resultó su expresión facial que por el interés real que hubo en el asunto. Desde las organizaciones de comercio se adujo, contra la sospecha de discriminación racial, que los sistemas sanitarios zimbabuenses estaban colapsados por la afluencia de trabajadores extranjeros y que los tratamientos para las enfermedades exóticas —se obvia que se refería a enfermedades “blancas” o de los “blancos” — costaban mucho más que lo que rentaban las aduanas por el tránsito de capital de un lado a otro. El Newsweek lanzó algunas flechas hacia la cabeza de ciertos sectores nacionalistas, pero finalmente se aprobó como no—discriminatorio hasta hoy.

multa o se impone un devengo a final de año a los hoteles que se niegan a aceptar a los poseedores de cartillas válidas, pero como en mi caso yo no tenía una cartilla expedida en Zimbabue, el propietario estaba en su derecho. Supongo.

Me dirigí al Hospital de Enfermedades Infecciosas, cerca de Beatrice Road, aunque en realidad allí no tratan ninguna enfermedad que suponga un riesgo para la población, el nombre es simplemente un homenaje al anterior centro<sup>5</sup>.

Hace algunos años uno podía viajar directamente desde el aeropuerto hasta aquí a través de los teletransportadores, pero la ciudad se ha visto incapacitada para mantenerlos: especialmente el tratado de residuos de teletransportes erróneos o fallidos les suponía mucho más trabajo que adquirir cabinas nuevas, así que decidieron suprimirlo.

La señorita que me atiende me obliga a rellenar una ficha con mis datos personales, nacionalidad y a proporcionarle una copia del pasaporte, así como un par de fotografías y la cartilla de vacunación internacional. Lo hice, y mientras ella metía los datos en el ordenador estuve hojeando una revista que habían dejado en el mostrador.

Points to consider before planting trees on your golf course.<sup>6</sup>

In part one of a three-part series on trees, John Stewart of Just Trees gives advice on what to consider before embarking on a planting programme.

— Disculpe, caballero — se arranca la señorita —. Según me indica el computador, ya solicitó una cartilla de vacunación ayer por

5 Además, sería absurdo tener un hospital de este tipo justo al cabo de la ciudad, junto al Instituto de Secundaria Chirodizo y del Instituto Harare; al menos tan absurdo como fue mantenerlo en los años de la hiperinflación, en los que se utilizó

6 El artículo, publicado por la revista de Royal Harare Golf Club, detalla las precauciones y avisos que se han de tomar a la hora de plantar árboles a lo largo de un campo de golf. Stewart refiere cinco puntos a tener en cuenta: el entorno/línea de horizonte (circuitos cerca del mar, con vientos salados, por ejemplo, requieren un diseño más corvado, cerrado sobre sí), especies, la posición y el tipo de torneos que se van a celebrar (en Zimbabue el golf es casi una religión, de ahí la importancia del cuidado de los circuitos), y el tamaño de los árboles.

la tarde. Si la ha perdido será necesario que vuelva a abonar la tasa de vacunación, aunque no será necesario que vuelva a vacunarse. Le pedimos eso sí, que acuda cuanto antes a comisaría para denunciarlo, pues si alguien se apropiara de ella podría causar un problema con las autoridades sanitarias. ¿Desea que anule la cartilla anterior y le expenda una nueva?

La evidencia de saber que un doble mío andaba por la ciudad de Harare, algo que venía sospechando ya desde Durban, mientras le daba vueltas al asunto del teletransportador, no era lo que más me intrigaba: sí, en cambio, que ese doble mío no hubiera sido retenido en el aeropuerto de Harare en el momento mismo del fallo en la terminal de Madrid y, sobre todo, que mi doble estuviera actuando como si yo no existiera, o más bien, como si él existiera. Sólo conocía otro caso de una replicación exacta a causa de un teletransporte. Le ocurrió a Van Rooken, un trajeado de contabilidad, en un viaje de vacaciones. Después de haber lanzado a toda su familia a través de la cabina sin ningún problema (acudían a visitar a unos familiares cerca de Haarlem, en Holanda), Van Rooken se demoró unos instantes tratando de aliviar algo de peso de la maleta. En aquel momento, la cabina tuvo una fuga en el sistema de refrigeración, pero ni el oficial ni los técnicos del aeropuerto fueron conscientes. Van Rooken entró en la cabina, ésta se puso en funcionamiento y tras realizar el análisis químico y comenzar la transmisión, se fundió. Van Rooken salió fastidiado de la cabina y llamó a su esposa. Lo intentó varias veces, pero las radiaciones de la cabina habían frito el teléfono móvil así que se dirigió a teléfono público y por fin pudo hablar con su mujer. Se quedó estupefacto al encontrar a su querida esposa sumida en un ataque de nervios, sorbiendo constantemente e hipando un discurso ininteligible. Trató de calmarla desde 3000 km. de distancia, y cuando por fin lo consiguió la mujer le contó qué es lo que había ocurrido. Al parecer, un momento antes de que estallara la cabina en origen, la

cabina en Haarlem había transportado una réplica de Van Rooken que incluso llegó a salir por su propio pie de la cabina. Sin embargo, cinco segundos después, mientras el auténtico Van Rooken se quejaba a los técnicos por el fallo técnico, la réplica de éste se desplomaba ante el espanto y el colapso emocional de su mujer y sus hijos. Puesto que no tenían ninguna noticia de que el transporte hubiera sido fallido, habían considerado que el Van Rooken que salía por la puerta era el auténtico y que su desplome se debía a un mareo por el viaje. Pues bien, ese Van Rooken que se desplomaba lo hacía muerto, como de un latigazo. Solo cinco minutos más tarde, cuando el auténtico Van Rooken llamó por teléfono a su esposa pudieron respirar tranquilos tanto los técnicos, como los sanitarios que habían tratado de reanimar a una réplica fallida y más aún, los directivos de la empresa instaladora.

Mi réplica había sobrevivido al proceso y era, a ojos de todos, un hombre normal y corriente, un trabajador que había llegado a Harare, se había registrado en la autoridad sanitaria del hospital y había pasado la noche allí. El asunto de la conciencia me tenía intranquilo. Aunque soy poco dado a la escatología propia de estos asuntos, siempre había considerado que la conciencia era irreproducible. Se me puede acusar de religioso y aunque se tiene por cierto que alma y materia van unidos y son indisolubles, no cabe duda que en el caso de Van Rooken no había ocurrido así: el primero, el que tenía alma, refunfuñaba y trataba de hablar con su mujer, y el segundo era lo más parecido a un pollo sin cabeza que avanza por inercia en un pasillo el aeropuerto de Haarlem.

No pude cerrar ventas con el responsable (blanco) de tecnología de Harare debido a que el jefe de proyecto se encontraba de baja por gripe. Me invitó a pasar la tarde en el club de golf para charlar. Quiso jugar un par de hoyos pero no me encontraba con ganas. En vez de eso, me invitó a tomar unas copas en el restaurante y me

contó las dificultades que estaba teniendo la franquicia para reclutar a trabajadores cualificados, debido al asunto de las cartillas de vacunación y la ineficiencia de los transportes en Zimbabwe. Estuve a punto de contarle mi caso, pero preferí estudiar el sitio, porque hubo un detalle que me llamó la atención: se trataba del único sitio en Harare donde se podía encontrar a más de tres blancos juntos. El responsable argumentó que los clubes de golf funcionaban como sociedades nostálgicas, a la manera de los colonialistas ingleses y aunque ya apenas quedaban empresas inglesas en Zimbabwe, el club había mantenido una falsa imagen de proselitismo racial. Esto lo dijo con algo de desdén o nostalgia hacia los antiguos valores, parecía que lamentaba en cierto modo que se estuviera produciendo un cierto apartheid no dirigido desde el poder, sino desde los hombres de negocios y los trabajadores extranjeros. Me gustó la cubertería y cuando se excusó y se levantó para ir al servicio, me introduje un tenedor en el bolsillo, sin que nadie se diera cuenta.

Nos despedimos después de algunos gintonics y me dirigí al hotel, pero me encontraba demasiado excitado para dormir así que pregunté en recepción por algún bar abierto y el hostelero me indicó algunos locales de fulanas mientras me guiñaba el ojo. Decidí salir pasear y llegué hasta el parque Alexandra. No me agradaba estar en Zimbabwe, es un país muy aburrido, excesivamente burocratizado y quisquilloso para los negocios o, debería decir más bien, tacaño. Los planes para el retorno de cerebros trajeron consigo a cientos, miles de licenciados en economía que se lanzaron como hienas sobre los mercados de valores y consiguieron desplazar a la agricultura y a la ganadería (literalmente de subsistencia<sup>7</sup> en las provincias) como constructores del PIB. El hermanamiento con otros países del

<sup>7</sup> La exportación de cereales contribuyó al crecimiento del país a finales de la década pasada. Según las organizaciones de comercio llegó a ser uno de los principales productores de maíz para usos industriales, como combustibles ecológicos. Lo innovador, en aquella ocasión, fue que las cooperativas provinciales firmaron varios tratados nacionales para evitar la competencia de precios entre agricultores. Unido a que el crecimiento del parque automovilístico mundial estalló en aquella época, el input de capital fue fantástico.

continente productores de materias primas, como Nigeria o Chad, formó lo que se llamó desde la prensa europea el Gigante Africano. Sin embargo, la ética de “economizar pérdidas – maximizar beneficios” se destiló hacia toda la población zimbabueña que perdió la inocencia que el turista del siglo pasado atribuía a los africanos<sup>8</sup> y poco a poco la psique nacional se transformó en algo más parecida a la de los comerciantes holandeses del siglo XVII: ávidos de ahorrar hasta el último dólar hasta el extremo de no permitirse invitar a sus compadres a una cena sin una garantía de que ese gesto iba a ser recompensado con uno mayor.

Fue en un banco del parque Alexandra donde me encontré a mi doble. Ahorraré los detalles de la sorpresa que me llevé no sólo por encontrarme la réplica de mí mismo en Harare sino también por comprobar que él mismo se encontraba estupefacto por mi presencia. Comprobé en el transcurso de la conversación que no era consciente del asunto del teletransportador y hacía muchas preguntas acerca de mi familia, supongo que con la intención de averiguar si tenía un hermano gemelo desconocido. No tuve más remedio que matarlo con el tenedor. Así traté de hacerlo ver en el tribunal de Harare que me juzgó y finalmente me dejó libre por falta de cargos. Para la justicia había a un mismo tiempo un muerto y un vivo que eran la misma persona, y aunque en efecto había un cadáver, también es cierto que había pruebas fehacientes de que ese mismo cadáver estaba vivo, con otro cuerpo y quizá siendo otra persona, pero a efectos legales el mismo, así que se actuó en favor de los vivos y se dejó sin castigo al asesino, que en todo caso, no podía ser asesino de sí mismo. El texto del tribunal es farragoso y complicado de entender, así que dejaré a

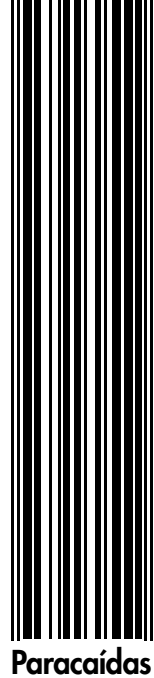
<sup>8</sup> Como el mito de que los africanos eran en extremo hospitalarios, algo muy extendido entre los backpackers de la época y completamente falso. Yo hice backpacking en la época del desarrollo, justo antes del boom bursátil y lo que me encontré fue con una población local amigable —eran prestos a la charla— pero no cándida. Los negritos no sacrificaban una vaca para luego zampársela junto al joven aventurero en sus chozas. Ya no existían “chozas” por aquel entonces, salvo en los museos antropológicos.

los ratones de biblioteca que lo encuentren y lo traduzcan.

Dudo mucho que mi doble hubiera aceptado someterse a una serie de pruebas de autenticidad genética, de hecho, hubiera sido más probable que las pruebas fueran inconcluyentes, puesto que los teletransportadores garantizan la réplica exacta, átomo a átomo, de los objetos o seres vivos, circunstancia que en numerosas ocasiones se ha demostrado no ser del todo cierta<sup>9</sup>.

Volví a Madrid en avión, sin cerrar la venta, y le dije a mi psiquiatra que el Hypnorex me daba calambres y dolores de cabeza, cambiaré a algo menos agresivo – odio el Alprazolam. Al final no invertí en los campos de golf de Zimbabue. No sé quién se hizo cargo del cadáver de mi doble, pero nadie lo reclamaría. Pagué por su icineración, algo me obligaba a ello, aunque la sensación era extraña como la de preparar tu propio funeral. Supongo que debería haber consentido la donación de sus órganos, pero por algún motivo me daba repelús firmar que lo despiezaran. Hace un par de meses que no viajo en teletransportador, creo que quieren despedirme.

<sup>9</sup> Como todo proceso físico-químico que se aplica sobre un ser vivo, la teletransportación produce mutaciones en el RNA de las células. Estas mutaciones son aleatorias y pueden producir cáncer, como prácticamente cualquier radiación, incluidas las solares.



Paracaídas

Me llamo Rubén Martínez Díaz. Tengo seis años y medio. Mi color favorito es el naranja. Mi color favorito es el naranja porque mi gato es de color naranja. Vivo en el sexto piso de la calle Río Alagón. Mi gato solo tiene seis vidas porque una vez se cayó por la ventana y papá lo tuvo que recoger de la calle.

Mi gato se llama Neska, pero no sé lo que significa. Todas las ventanas de mi casa tienen rejas. Una vez se cayó por la ventana y el médico dijo que los gatos tienen siete vidas y que no le pasó nada y que ahora solo tiene seis vidas.

En mi casa vivimos mi papá y mi mamá, que están casados desde antes de que yo naciera. Luego está mi hermano Javier que tiene diez años y es mayor que yo. A mi hermano no le gusta Neska y a veces la chincha y a mí me da mucha rabia y él es más fuerte y me puede. Yo no lloro mucho pero cuando Javi molesta a Neska a mí me molesta. Yo creo que Neska se cayó por la ventana por culpa de Javi.

No se me ocurre más, seño.

Mi abuelo y mi abuela viven en otra ciudad. A veces vamos a visitarlos a su casa y tenemos que ir en el coche de papá. Otras veces mi abuelo y mi abuela vienen a mi casa y no tenemos que ir en coche a ningún sitio. Mi abuela estornuda cuando ve a Neska. Mi abuelo y mi abuela son mayores que mi papá y mi mamá juntos, y que Javi y que yo. Son muy viejos pero a veces me traen regalos. Me gusta mucho ir a casa de mi abuelo y de mi abuela.

Papá Noel viene todos los años a casa. Toda la familia viene a mi casa y comemos muchas cosas y luego comemos tarta y luego viene Papá Noel y nos trae regalos. Hay que escribir una carta a Papá Noel para que nos traiga regalos. Neska no sabe escribir así que a ella no le traen regalos. A Javi le trajeron unos pantalones. A mí un juego de Lego. A mi padre una colonia y a mi madre unas medias. A todo el mundo le traen cosas.

Los Reyes Magos también vienen a mi casa, después de Papá Noel. Mamá nos da papel y lápiz para que escribamos a Papá Noel, a los Reyes Magos y a Nerea. Mi mamá también escribe una carta a Papá Noel, a los Reyes Magos y a Nerea. Mi papá no escribe a nadie. El año que viene tendré siete años y nos cambiaremos al piso siete. Javi dice que no vale, que tendríamos que vivir en el piso diez, pero mi papá dice que nos callemos y mamá dice que le duele la cabeza. A mi mamá le duele la cabeza también cuando no nos comemos las zanahorias.

En la carta a Papá Noel de este año le he pedido que me traigan un balón del Real Madrid. Javi es un copiota y también se ha pedido un balón del Real Madrid. A los Reyes le he pedido unas pinturas. Neska se sube a veces a mi cama y me chupa la cara por las noches. Una vez Javi se hizo pis en la cama y se fue a dormir a la cama de papá y mamá.

No tengo más hermanos. Mi madre dice que tenemos que escribir a Nerea. Yo no sé quién es, pero mamá dice que era una niña que vivía en casa y que era nuestra hermana y que se murió. Cuando no nos gusta la cena, mi mamá dice que nos la comamos o que nos caeremos por la ventana como Nerea. A mí me da igual pero Javi se lo come todo sin decir nada. Luego mamá se va corriendo a la habitación y viene papá y nos dice que nos lo comamos todo. Nerea vivía antes que yo, cuando Javi era pequeño y yo no existía.

Nerea no comía nunca. Neska a veces no come y la tenemos que llevar al médico y entonces le da unas pastillas y ya sí come. Mi abuelo se acuerda de Nerea y una vez me contó que un día se cayó por la ventana y que mi papá fue a recogerla pero que ya no se movía. No sé que se pedía Nerea para los Reyes. Yo, por si acaso, le pido todos los años un paracaídas, por si alguna vez me caigo por la ventana o por si se cae Neska, para que no se haga daño. Este año tampoco me han traído el paracaídas, me lo pediré otra vez el año que viene, si nos vamos a vivir al séptimo.

  
Un barrio

Ya he dicho en alguna otra ocasión que los bloques de pisos del barrio donde vivíamos eran altos y se estrechaban unos contra otros, de tal manera que no dejaban pasar la luz del sol y los vecinos teníamos la rara sensación de convivir en un laberinto de altas paredes sombrías. Supongo que la oscuridad de la colmena de pisos explica que cada edificio tuviera su propia leyenda negra: brujas que practicaban sus rituales demoníacos en el dormitorio junto al baño alicatado hasta el techo, casas habitadas por locos, pederastas, raptos de niños y drogadictos. No es de extrañar, entonces, que la imaginación de la chavalería de aquellos años estuviera inflamada en exceso por la prensa amarilla local.

Historias urbanas de este tipo parecían tomar cuerpo cuando el nombre de nuestro barrio aparecía en algún periódico local -y esto no era del todo infrecuente- y se detallaba algún suceso rocambolesco o un suicidio. No existía edificio que no tuviese al menos un suicida. El método estrella no era, como pudiera pensarse, arrojarse al vacío desde un piso superior y reventarse la sesera contra el asfalto, sino el ahogamiento en el río Henares. Este último tipo de suicidio era el que los diarios detallaban con más asiduidad. Eran estos cadáveres los que muchos críos salíamos a buscar algunas tardes cuando hacía bueno y nos aburríamos. Convertirse en el descubridor del cuerpo de un suicida era lo mejor que le podía pasar a un chaval en la Nueva Alcalá: no sólo sería preguntado por sus amigotes, a los que regalaría con los numerosos detalles de su peripecia, como lo escarpado del lugar donde encontró al pobre muerto, la expresión vacía de los ojos, el estómago inflado y su expresión cianótica, sino que además los adultos le tratarían con una precaución temerosa, a sabiendas del trauma que el descubrimiento podía ocasionar al púber en cuestión.

En cierta manera, me gusta creer que el niño con delirios de grandeza había salvado al infeliz suicida del olvido, y el suicida o sus circunstancias le recompensaban con un dulce y efímero

reconocimiento local. Aunque, bien pensado, es cierto que la intención original del suicida era quitarse de en medio, volverse anónimo y no ser recordado, así que no creo que el hecho de que un mocoso chivato se cubriera de gloria a su costa le hiciera la más mínima gracia. Desde luego que si yo hubiese sido uno de esos desesperados, o al menos su espíritu, no lo dudaría ni un momento, y pondría todo mi empeño en atormentar al crío durante el período que durara mi penitencia, que supongo eterna. Así aprendería.

Como todos los chavales del barrio, yo estuve esperando a mi suicida durante años, y cuando finalmente llegó, me encontraba en el colegio. Después de varias intentonas, el del noveno por fin se había escurrido de la vigilancia de sus hermanos y cuñada, y se había arrojado al patio trasero del edificio. Cayó sobre tierra húmeda. «Se reventó por dentro», dijo mi abuela, es decir, que no sangró. Mi tía, que vivía en el bajo, y cuya ventana de la cocina daba al patio sí pudo oír el golpe seco del vecino contra la tierra.

—Fue como el ruido de un objeto muy pesado, como un barril —dijo.

Había perdido mi oportunidad de encontrarme cara a cara con el suicida que me sacaría del anonimato, sin embargo, no lo lamenté demasiado. Años más tarde pensé que, al tratarse de un vecino mío, al que no conocía personalmente pero al que quizá si pudiera identificar, habría supuesto una experiencia muy desagradable. Perdí mi oportunidad pero en el barro del patio quedaron tres huellas que permanecieron visibles por mucho tiempo antes de que las sucesivas lluvias y los hierbajos las fueran ocultando lentamente. Siempre que bajaba a la calle desde mi casa echaba un vistazo a las marcas que el suicida dejó. Desde la ventana de la escalera, me acordaba del tipo que se tiró y volvía a mis asuntos.

Cuando su cuerpo encontró el suelo, su cadáver estaba encogido sobre las rodillas con la cabeza por delante. Por eso había tres huellas.

Ahora pienso si mi vecino no estaría rezando justo antes de tropezar con la muerte.

\* \* \*

Supongo que tanta defunción extraña o intencionada influía en el comportamiento errático que teníamos mi hermano y yo cuando éramos pequeños. Como todos los niños habíamos fingido alguna vez haber muerto para asustar al otro, a sabiendas de que ese pequeño teatro, de tan repetido, se volvía previsible. Y, sin embargo, jamás lo habías practicado con nuestros padres. En cierta ocasión, enrabiado porque mi madre me negó algún dinero para chucherías, la tomé del brazo, la miré a los ojos y con voz desolada le dije que ya que nadie me quería en esa casa, lo mejor que podría hacer era matarme. Mi madre apartó el brazo dulcemente, sin retirarme la mirada, alzó la mano y me arreó un soplamocos de campeonato. Luego se cruzó de brazos, asintió satisfecha y dijo:

—Ea, ya te puedes tirar por la ventana.

Creo que mi primo hizo lo mismo en su día y no sólo le dieron la bofetada de rigor, sino que pusieron rejas en todas las ventanas. La diferencia entre la situación de mi primo y la mía estribaba en que yo vivía en un segundo piso y él en el sexto.

Mi hermano y yo sabíamos que cualquier teatro que montásemos ante nuestra madre no se ganaría jamás un aplauso, pero ¿y nuestro padre? Puesto que mi padre no paraba mucho por casa, no podía saber gran cosa de nuestras sediciosas habilidades y era por lo tanto más propenso al engaño, siempre y cuando el acto se preparara meticulosamente. Tengo que decir que no entiendo porqué muchos artistas, especialmente los poetas, tienden a describir la niñez como un periodo de inocencia y juegos. Supongo que hablan de ellos mismos, cosa que no sería de extrañar, por otra parte. No sé muy bien que

queríamos lograr con aquella farsa. ¿Qué ocurriría si llegaba a buen puerto y, en efecto, mi padre se creía que mi hermano o yo nos habíamos matado? Seguramente pensé que se echaría a llorar sobre nuestros pequeños regazos, tirándose de los cabellos y rogando a Dios que le devolviese a sus chiquillos. En ese momento, y siempre conteniendo la risa, abríamos un ojo, luego el otro y tras constatar la estupefacción de mi viejo, nos lanzaríamos sobre él para fundirnos en un tierno e infinito abrazo. Le diríamos que se trataba de una broma, y mi padre, secándose las lágrimas de tristeza y también de júbilo se echaría a reír de pura alegría, y al verle tan contento nosotros también reiríamos y bailaríamos a su alrededor, y luego iríamos todos juntos al McDonald's, que es donde van las familias con hijos esquizoides. Visto así, el plan era perfecto, así que nos pusimos manos a la obra. Mi hermano, que es un gran tipo cuando me da la razón, y cuando no, un energúmeno, haría de muerto a petición mía. El papel le iba como anillo al dedo porque era más pequeño que yo y más trasto, y por todos es sabido que las ovejas negras y los patitos feos son los más mimados en las familias numerosas, y yo ya tenía ganada una cierta reputación de repipi que impedía que el efecto dramático se aproximara en intensidad al que seguramente provocaría la muerte del benjamín. Yo me encargaría de dar la voz de alarma a mi padre, que veía el Madrid-Logroñés en salón rodeado de humo y latas de cerveza, ajeno del todo a nuestro teatro.

Para alinear la escena decidimos ir un paso más allá y simular no una muerte accidental, sino un suicidio. Suicidios documentados no faltaban en mi barrio, como ya he tratado de hacer ver más arriba, así que bastó con anudar un par de viejos cinturones de judo a la cabecera de la litera, y el otro extremo al cuello de mi hermano, dejando la holgura suficiente como para que mi hermano no se ahogara de verdad y la liáramos. Ensayamos la escena un par de veces, hasta que pude contener la risa al ver a mi hermano sacando la lengua y poniendo los ojos en blanco. Espero que Ronald McDonald haga turno de noche. Salí

corriendo de la habitación, entre en la salita como una flecha y justo cuando mi padre se iba a introducir una aceituna en la boca comencé la obra:

—¡Papi, Papi, que el Miguel se ha matado!

Y volví a la habitación a la carrera, con mi padre pisándome los talones.

—¡Mira! —le dije.

Mi hermano seguía allí, con la lengua fuera como un ternero degollado, los ojos en blanco y las rodillas flexionadas para evitar hacerse daño en el cuello. Es genial mi hermano, algún día será actor y nos sacará a todos del hambre y de estas ocurrencias peregrinas. Mi padre me miró, luego a mi hermano, luego otra vez a mí y me lanzó un galletón que esquivé porque ya tenía la experiencia con mi madre; mi hermano, como tenía los ojos en blanco y además estaba atado a la litera no vio a mi padre acercarse y recibió un galletón doble, una por hacer el indio y otra porque yo me había librado del mío. Mi hermano dio varias vueltas sobre sí mismo y se zafó de la soga raudo para esconderse en un rincón, al tiempo que mi padre salía del cuarto echando humo por la nariz. Le oímos cantar «gol» cinco minutos después.